

SOPHIA RAMOS

# Factura al corazón



Nova Casa | *Zelá*



# Índice

1. Una deuda inesperada .....	9
2. Nuevos comienzos.....	23
3. Universos rotos.....	29
4. Montaña rusa de emociones .....	49
5. ¿Tenemos un trato?.....	61
6. La teoría de las sorpresas.....	79
7. 51 % de química.....	97
8. Cayendo lentamente.....	109
9. Eres tú, pero mejorada.....	131
10. Solo sé tu misma .....	155
11. Punto de ebullición .....	173
12. La zona del amigo .....	193
13. Atardecer de esperanza.....	219
14. Es una larga pero valerosa historia .....	239
15. Punto de retorno .....	259
16. Conversación de adultos.....	273
17. Es solo integración .....	287
18. ¿Y ahora qué? .....	305
19. No eres tú si no te quieres.....	323
20. Únete a mi equipo.....	339
21. Fiesta (no tan) sorpresa.....	365
22. Una nueva aliada.....	383
23. Rendirse no es una opción.....	397
24. Confesiones en voz alta .....	413
25. Mi corazón, mi decisión .....	423
26. ¿Dónde estamos? .....	451
27. Debes disfrutar los sentimientos .....	463
28. Corazones de acero.....	485
29. Una estrella, un deseo.....	509
30. Cerezos comprometedores.....	525
31. El arte de las pasiones .....	533
32. Necesito dejarte ir .....	553

33. Mi mundo contigo en él.....	581
34. Veintiuna mentiras .....	607
35. Responsabilidades.....	627
36. La amarga venganza.....	653
37. Corazones rotos.....	663
38. Fragmentos.....	679
39. Hemisferio central.....	703
40. ¿Final feliz? .....	713
Epílogo.....	739
Las 10 reglas de felicidad de Matt.....	743
Agradecimientos.....	745

*Para mis lectores de Wattpad,  
quienes me enseñaron a soñar.*





## *Una deuda inesperada*

«Hoy será un mejor día», tuve el valor de decirme por primera vez en mucho tiempo durante una tarde de otoño en la que caminaba por las concurridas calles de Los Ángeles.

Me sorprendí a mí misma también sonriendo al recordar por qué estaba en Los Ángeles: me atreví a soñar. Sí, señor, cuatro años atrás, mientras pintaba en óleo la famosa Aguja Espacial de Seattle, mi madre se sentó a mi lado y con esa voz de psicóloga que convence a todo el mundo que está cuerdo, me dijo:

—Hija mía, tienes talento. Eres una artista talentosa que debe salir a la luz y comerse al mundo entero con ferocidad.

Obviamente, no logré comérmelo de inmediato. Porque no, no todo es tan sencillo como pulsar un botón rojo y que se realicen tus sueños. Y menos a los diecinueve años. Pero lo más importante es que ese día mamá logró convencerme de que lo mío era el arte y que con mucho esfuerzo y sacrificio, podría vivir de ello.

Así que, a partir de ahí, decidí que había llegado el momento de luchar por mis sueños, sin importar que el resto de la gente dijera que me comería un cable si estudiaba artes plásticas. Oh, sí... me lo dijeron mucho.

Todo empezó con un inocente programa de intercambio. Hubo mucho papeleo, entrevistas con gente desalmada, un par de movidas de influencias por parte de mamá —que se conoce a una buena partida de locos en Seattle— y unos «pocos» ruegos de mi parte hacia varias instituciones educativas. ¿A quién engaño? ¡Les rogué tanto!

Dos meses más tarde, luego de graduarme de preparatoria, ya estaba transitando enorgullecida por los pasillos del Instituto de Artes de California (CalArts). Pasaron muy rápido los cuatro años de la carrera

de artes plásticas y, sin darme cuenta, ya tenía mi diploma de CalArts en mis manos. Y claro, mis padres viajaron a la ceremonia de graduación donde lloraron, hablaron con un montón de desconocidos sobre lo orgullosos que estaban de mí, me regalaron un ramo enorme de flores que casi no podía cargar y todas esas cosas vergonzosas que hacen los padres durante tu graduación.

Entonces nació un problema: ya no me veía de regreso en Seattle. Amaba Los Ángeles. Me encantaba la dimensión de la ciudad, la cultura, la independencia que me daba y la inspiración que respiraba en cada esquina. Así que luego de una larga charla con mis padres en la que me motivaron con frases como: «¿Te volviste loca?». «No sabes en lo que te estás metiendo». «Te vas a llenar de deudas a tan temprana edad». «Vivir sin tus padres te podría traer un embarazo no deseado, ¿me oyes, Emma? UN EMBARAZO NO DESEADO» y otras muchas más que me reservaré, me mudé permanentemente a Los Ángeles.

No hubo mayor problema durante la mudanza. Tenía a Isabella, la dueña del apartamento en el que me habían transferido durante el intercambio, y quien se convirtió en mi mejor amiga a los pocos días de haberme establecido en su pequeño espacio de 70 m<sup>2</sup>. Y ya que hablamos de Isabella, les quiero contar algo de ella: es admirable, hermosa, fuerte, inteligente, independiente y muy impredecible. Tan impredecible que el mismo día que le di la noticia de que me mudaría permanentemente con ella, salió con una todavía más impactante que la mía:

—Me voy a casar.

Parpadeé a mil por hora.

—¿Te vas a qué?

—Me voy a casar. No te lo había podido decir porque estabas muy ocupada con tus exámenes finales y tu graduación y todo eso y, sinceramente, me pareció raro que no me hubieses visto el anillo si lo tengo desde hace meses, pero...

No, la verdad es que ni siquiera me había percatado de que tuviese un anillo. Y eso que era enorme. Tanto que, cuando finalmente lo vi, me pregunté cómo rayos su diminuto dedo podía cargar algo así.

—Me voy a casar con Joseph. Ah, y me mudo a su casa el próximo mes. Hay mucho que preparar para la boda, que será en tres meses, así que concordamos en que lo mejor será que me mude con él para poder encargarme de todo.

No sabía ni qué era más increíble: en cuánto tiempo se iban a casar o con quién se iba a casar. Joseph Sinclair era el multimillo-

nario más cotizado de Los Ángeles. Un galán de treinta y muchos años, dueño de una cadena hotelera que lleva por nombre su apellido (para variar), exitoso en la vida, ridículo imán de mujeres, etcétera, etcétera.

Sabía que habían salido durante casi dos años y que ocasionalmente me lo topaba semidesnudo en las mañanas en nuestra cocina por lo que (Dios y mis padres me perdonen) lo había lujuriado un par de veces, pero no pensé que la cosa fuera tan seria.

—Isabella, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

Isabella se acomodó en el sofá para apretarme las manos.

—Es el amor de mi vida, Emma. —Su mirada era del más sincero enamoramiento, de ese que te dan ganas como de vomitar—. Y no tienes por qué quedarte aquí sola, si quieres, puedes...

Sus ojos brillaron mucho. Mucho más de lo que brillaba su sofisticado anillo de compromiso. Oh, no, venía una de sus irracionales ideas.

—¿No te gustaría venir conmigo?

—¿Mudarme contigo y tu novio? ¿Te volviste loca?

—¡No! Es una tremenda idea, tiene una casa enorme. —Sonrió ampliamente y se levantó del sofá dejándome boquiabierta—. Llamaré a Joseph, le encantará la idea. Empieza a arreglar tus cosas.

Estará de más decir que no tuve ni voz ni voto en esa decisión. A los pocos minutos, Isabella regresó todavía más sonriente anunciando que Joseph ya hasta había decidido cuál sería mi habitación y que podía pintarla a mi gusto porque sabía que yo era una artista y no sé qué.

Tras un largo suspiro en el que no me quedó de otra que aceptar la propuesta, hice dos cosas: la primera fue pensar que Isabella era una supersuertuda por haberse conseguido tal galán, pero que yo lo era más porque me había logrado ir a vivir a una casa de multimillonario sin mover un dedo. Y la segunda cosa que hice fue intentar sonreír con todas mis fuerzas, pretendiendo que su felicidad era compartida. Tristemente lo que sentí, en realidad, fue un poco de envidia.

Mientras que Isabella y Joseph disfrutaban de su amor de terrible película romántica, yo todavía seguía llorando noche tras noche por un patán que dejé (o más bien él me dejó a mí) en Seattle hace cuatro años, antes de venir a esta hermosa ciudad. Uno que afirmó que me llamaría todos los días luego de mi partida y que las cosas seguirían iguales, pero mintió despiadadamente. Jugó de tal forma con mis sentimientos que, cuando llegué a Los Ángeles, intenté contactarlo y nunca me respondió. Fue así como terminó nuestra relación de dos años

con seis meses y tres días; y ni siquiera tuvo el valor para decírmelo. Tuve que suponerlo al tratar de contactarlo sin éxito durante meses.

Cuando caí en la cuenta de que verdaderamente se había terminado todo, empecé a experimentar el amargo sabor de la primera ruptura amorosa. Esa que dicen que es la más dolorosa de todas y lo confirmé en carne propia. Cada vez que lo rememoraba, mi pecho llegaba a estrujarse tan hostilmente que era difícil respirar. Nunca en mi vida había sentido lo que era tener que llorar por necesidad, como ahora lo hacía. No solo eso, absolutamente todo me recordaba a él, lo que convertía el asunto en un trauma imposible de superar.

Sin embargo, tras varias sesiones terapéuticas con Isabella (en realidad, me golpeaba cada vez que me veía llorando), pude aspirar a algo muy parecido a la estabilidad emocional...

¡BAAAAAAAAAAAAAM!

Un letrero inesperado me sacó de mis recuerdos. No porque me detuviera a leerlo o algo, sino porque me estrellé contra él por andar con la mente en otro lado.

—¡Estoy bien! Estoy... —exclamé cuando noté que tenía una pajeja enfrente de mí estallados de la risa—. Bien...

Con mis mejillas y frente ardiendo, me puse de pie para leer lo que decía el letrero: «Ferretería Los Ángeles». Qué conveniente. Justo Isabella me había enviado un mensaje pidiendo que le comprara cinta adhesiva para sellar nuestras cajas de mudanza. ¿Sería el destino?

Mmmm... El golpe con el letrero me mantuvo dudosa.

Entré. Esquivé como ninja algunas cajas en el suelo que impedían el paso y fui directo a la sección de útiles escolares que, por cierto, consistía en unas diminutas repisas de madera al lado del mostrador principal. Frente a este último estaba parado un hombre que regañaba a una chica rubia, la que parecía la cajera. Solo logré escuchar algo como: «Necesito ese estado de cuentas para hoy. No quiero deberle ni un centavo a nadie».

—Vaya héroe —susurré con sarcasmo.

—¿Te ayudó en algo? —retumbó de pronto una voz gruesa a mis espaldas.

Salté en mi lugar. Y girándome rápidamente sobre mis pies, me encontré con el mismo joven regañón. Era más alto que yo, tanto que tuve que inclinar la cabeza hacia arriba para observarlo. Sus ojos, azules intensos como el más puro océano, se conectaron enseguida con mis aburridos ojos café. No sé por qué, pero, por un instante, me parecieron unos ojos conocidos.

—Necesito, eh... —tragué, nerviosa—. Cinta adhesiva... como cinco rollos.

Sonrió ampliamente. Santo cielo, tenía una sonrisa como de príncipe de Disney. Bastó con que estirara el brazo hacia arriba en dirección a la repisa que encabezaba el mueble y que regresara a su posición original para entregarme las cintas adhesivas que pedí.

—Cinco rollos de cinta adhesiva para la señorita.

Desvié la mirada por un segundo para notar que la rubia de la caja nos observaba un tanto cabreada. Apenas se percató de que la miraba, me negó con la cabeza como si intentara decirme algo.

—¿Qué harás con tanta cinta adhesiva? —inquirió el joven.

Oh... El sinvergüenza quería iniciar una conversación conmigo. Y yo, a mis veintitrés años, era tan hormonal que inconscientemente lo examiné de arriba abajo: cabello castaño oscuro (más largo de lo que está permitido para mí en un hombre), piel clara ligeramente bronceada como si hubiese ido a la playa (no me gusta la playa), pecho fortachón, como si le gustara ejercitarse (odio a la gente que se ejercita) y vestía camisa y vaqueros (sin comentarios sobre esto). En otras palabras, para nada atractivo, así que lo descarté.

—Gracias por la ayuda —dije sin más pasándole de largo.

Terminé en el mostrador principal donde la rubia de antes me esperaba con los labios apretados. Yo no era la mejor leyendo expresiones, pero estaba segura de que se estaba aguantando una risotada.

—Buen trabajo... —comentó ella mientras empacaba mis cintas adhesivas.

Estaba por preguntarle qué quiso decir cuando sentí una mirada clavada en mí. Creí que ya me estaba afectando la cabeza por el golpe con el letrero, pero me liberé de la posibilidad de un derrame cerebral cuando la misma voz masculina de antes dijo a mi lado:

—Ya sé para qué son las cintas adhesivas.

ALERTA DE ACOSADOR.

Ahora sí quería mandarlo a volar, pero decidí mejor buscar la serenidad dentro de mí para no hacerlo. No estaba de humor para discutir con nadie y mucho menos con un tipo random como él a quien, seguramente, no volvería a ver nunca más.

—Ajá... —contesté sin registrarlo.

—A ver... —Su espalda se recostó sobre el mostrador y se cruzó de brazos—. Haciendo un breve análisis de ti, por la forma tan curiosa en la que vistes...

Traducción: Por los arapos tan raros que traes puestos.

—Por el cabello con el color divertido que parece rojo...

Por el cabello con el tinte rojo que te atreviste a ponerte tú misma...

—Y el ego tan pronunciado que despidas...

Me ardió que me ignoraras porque las chicas no suelen ignorarme.

—Deduzco que podrías ser alguien que le gusta hacer manualidades y harás algo muy curioso con todas esas cintas adhesivas.

Pretendí emocionarme.

—¡Vaya! ¿Cómo lo supiste?

—¿Es eso? —él sí se emocionó.

Ni siquiera dudé de mi respuesta:

—No.

La rubia de enfrente soltó una risita, pero se dispuso a toser como tratando de ocultar su error. El chico, por otra parte, se llevó una mano a la quijada.

—Entonces es otra cosa. —Definitivamente no se rendiría tan pronto.

Puse los ojos en blanco. ¿Qué pasa con los hombres hoy en día? ¿No entienden cuando una mujer los está ignorando? ¿Cómo más debía hacerle saber las pocas ganas que tenía de hablarle?

—¡Ah, ya sé! Te mudarás.

Fingí sonreír. Mi sutil sarcasmo respondió por mí:

—Bravo, Einstein, descifraste el misterio que el universo entero ignora.

Entonces la rubia no aguantó más. Soltó la risotada del siglo. Fue tan honesta que hasta a mí me dieron ganas de reír. No obstante, por el «pronunciado ego que despido», no lo hice.

—¿Y por qué te mudas? ¿Encontraste un mejor lugar para vivir?

Increíblemente su perseverancia me hizo ceder un poco:

—Algo así.

—¿Algo así?

—Sí, no necesitas tanta información.

—¿Cuándo te mudas?

—Mañana.

—¿Por aquí cerca?

¿Y este quién se creía que era para hurgar así en mi vida? Haber cedido un poco no le daba derecho a insistir de esa manera. Fue lo último que necesitaba para confirmar que, en realidad, no tenía por qué ser amable.

—¿Por qué sigues hablándome? —rugí.

Sonrió avergonzado. Por su rostro de arrepentimiento, estaba segura de que sus labios pronunciarían un «lo siento», pero un ruido lo detuvo. Un ensordecedor sonido que pareció un disparo.

—¿Qué fue...?

No pude terminar mi oración. La puerta del lugar se abrió de par en par, estrellándose cada una contra la pared. Dos hombres vestidos de negro con calcetines rotos cubriendo sus rostros se adentraron a toda velocidad. Uno de ellos, el más bajito de los dos, traía una pistola con la cual nos apuntó.

—¡AAAAAAAAAAAAHHHHHHH! —La rubia del mostrador fue la primera en chillar.

Despavorida, di dos pasos hacia atrás. Quise convencerme a mí misma que se trataba de una cámara escondida o algo, pero cuando el ladrón detonó el revólver hacia el techo, supe que no se trataba de una broma. ¡Oh, Dios mío! ¡Estaban a punto de robarnos!

—¡TODOS AL SUELO! —gritó el ladrón bajito.

La rubia, que ya tenía mis cintas adhesivas listas para entregármelas (vaya suertuda yo), gritó por segunda vez y se tiró al suelo detrás del mostrador. Mi acosador alzó ambos brazos y yo opté por hacer lo mismo.

—¿No me escucharon?! ¡AL SUELO, DIJE! —vociferó el ladrón bajito.

El acosador y yo intercambiamos miradas asustadas, pero nos desplomamos enseguida al suelo sabiendo que era mejor no seguir jugando con nuestra suerte.

«Buen trabajo, inepta. Sales por diez minutos y ya eres parte de un robo a mano armada», resonó la voz de mi oscuro subconsciente en mi cabeza.

Entonces, el ladrón bajito me apuntó. Bajé la cabeza. Era el fin, iba a morir. Veintitrés años tirados a la basura en una diminuta ferretería de Los Ángeles. ¿Por qué rayos me mudé acá? ¿Para estudiar artes plásticas? ¡Eso ni siquiera es una carrera! ¡Maldición, no quería morir!

—¡Tú! ¡Pelirroja de farmacia! —exclamó el ladrón bajito. Me señalaba muy confiado con su revólver y yo no pude evitar preguntarme cómo demonios supo que este no era mi color real de cabello. ¿Me había puesto tan mal el tinte?—. ¡Busca la caja registradora y saca todo el dinero!

—Pero dijiste que nos quedáramos en el suelo —me atreví idiotamente a llevarle la contraria.

—¡Busca la caja y saca todo el dinero, te dije!

Con mi cuerpo entero temblando, me levanté y eché un vistazo al joven acosador. Le rogué con mis ojos que hiciera algo, pero no reparó en mí. En cambio, permaneció silenciado en el suelo.

Caminé hacia la caja registradora. Los ojos de los ladrones nunca me abandonaron mientras lo hice. Eso me hizo saber cuán profesionales eran en el asunto, aunque debo decir: los calcetines forrándoles el rostro seguían manteniéndome dudosa.

Entretanto, depositaba el dinero en una bolsa de plástico, algo vibró en mis pies. Era la rubia quien se retorció del miedo en una esquina del mostrador. Rezaba algo con vehemencia.

—¡Saca todo el dinero ya y entrégamelo! —me gritó otra vez el ladrón bajito.

Enormemente cabreada, me giré hacia él.

—¡Ya te escuché! ¡No soy sorda, ya voy!

El ladrón arrugó el rostro. Claramente no le gustó mi respuesta.

—Ah, con que esas nos traemos... —me dijo y dirigió el revólver hacia mi acosador, que se mantenía cabizbajo—. Tráeme el dinero ya o él muere.

No sabía qué hacer, en verdad no me importaba que muriera, ni siquiera lo conocía. «Basta, Emma, eso es muy cruel de tu parte».

—¡No, no! Ya te lo llevo, lo siento.

Terminé de tirar el dinero en la bolsa y caminé despacio hacia los ladrones. En medio de eso, unas sirenas sonaron a lo lejos. Unas sirenas de esperanza. Unas sirenas que parecían... ¡La Policía! ¡Todavía podíamos salvarnos!

—¡RÁPIDO! —El ladrón bajito disparó otra vez al techo.

No sé si su plan era matarnos, pero en caso de que lo fuera, no lo iba a lograr si seguía desperdiciando las balas tan torpemente.

—¡AAAAHHHH! —gritó la rubia por detrás del mostrador.

—¡Cállate! —no pude evitar decirle. Es que me estaba poniendo más nerviosa de lo que ya estaba.

Corrí hasta los enmascarados y les entregué la bolsa con el dinero. Si eso nos iba a salvar a todos, no iba a seguir resistiéndome.

El delincuente vio el interior de la bolsa para cerciorarse que el dinero estuviese ahí, soltó una risita de victoria y yo no pude evitar bufar. Pero qué tarado, él de verdad nos mataría por, ¿qué? ¿Quinientos míseros dólares? ¿Por qué no tenía dignidad y se iba a robar un banco o algo así?

Sinceramente, creí que la cosa ya había terminado porque los delincuentes se dirigían a la puerta (no, la Policía aún no llegaba y no entendía por qué tardaban tanto) cuando, de pronto, el joven detrás de mí empezó a moverse.

—¿Qué... qué haces? —le susurré cuando se puso de pie.

Se llevó un dedo a su boca como indicándome que hiciera silencio y corrió desmesuradamente hacia los delincuentes. ¡DIOS, NO! ¿Qué hacía este otro tarado?

Entonces pateó la espalda del delincuente bajito y este se estrelló contra la pared dejando caer la pistola. El joven la recogió con una mano y lo apuntó.

—Entrégame el dinero —le dijo, creyéndose el héroe de la tarde.

Yo pensé que era de lo más tonto y me aseguré de hacérselo saber.

—¿Eres idiota o qué?! ¡Déjalos que escapen!

Lo que ninguno se esperaba es que el delincuente número dos traía una pistola también. Y que estaba apuntando al joven de ojos azules oceánicos desde hace más de un minuto.

La realidad es que nunca sabes cuándo la vida te cambiará. No espera hasta que pase tu cumpleaños (o quizás sí), no pregunta si estás listo para lo que está a punto de arrebatarte, ni tampoco le importa si eres fuerte o no. Simplemente en un día cualquiera, como un viernes de otoño, decide llevarse algo preciado en tu pequeño universo o el de cualquier persona.

El enmascarado número dos disparó. Sin repulsión, miedo a las consecuencias o a su propia conciencia, disparó sin más. Pude ver todo en cámara lenta: la bala, atendiendo la orden de su portador, salió dispuesta a enterrarse en el estómago del joven y acabar con su vida. Tal vez fue un milagro, una clase de premonición que me permitió ver lo que estaba por suceder, pero en menos de una milésima de segundo me di cuenta de que todavía tenía la caja registradora de metal en mis manos.

Y porque soy muy estúpida (o quizás quería ser la verdadera heroína ese día), me tiré sin pensarlo dos veces en medio del joven y el ladrón, con la caja de metal en mis manos, pensando que quizá eso podía evitar que se cometiera un homicidio.

Todo se tornó blanco. Caí al suelo sobre uno de mis brazos, pero casi ni sentí el impacto por la adrenalina. Seguro dolería luego.

«Es todo, no pude salvarlo».

—¡Ah, maldita sea, ah!

Abrí los ojos lentamente para encontrarme con que el suelo estaba manchado de sangre, pero no parecía que fuera de mi acosador porque él seguía de pie, sin rastros de heridas, completamente estático ante lo que había sucedido; en una esquina del suelo estaba el enmascarado número dos retorciéndose del dolor. ¡La bala le había dado a él en la pierna! ¡Había logrado mi cometido!

—¡Nadie se mueva! —otra voz retumbó en el lugar.

Dos policías se asomaron en la puerta, con pistolas en mano apuntando a los criminales. ¿En serio? Dudaba que los criminales se pudieran levantar después de la paliza que les habíamos dado.

Fue entonces cuando reaccioné y caí en la cuenta de que no sabía qué mierda estaba pasando. ¿Acaso acababa de salvar la vida de un total desconocido usando una caja registradora? ¡No podía ser!

Despavorida, corrí hasta el mostrador donde estaba la bolsa con mis cintas adhesivas, las agarré y salí corriendo de ahí sin importarme nada más. Para aquel entonces, mis ojos ya se habían humedecido del trauma que cargaba encima. Quería llorar con todas mis fuerzas, pero pensé que debía huir primero. Sin embargo, en medio de mi corrida dramática por la calle, sentí que alguien me agarró del brazo.

—¡POR FAVOR, NO ME MATES! ¡QUIERO ABRAZAR A MI MAMÁ UNA ÚLTIMA VEZ! —chillé.

—¿Matarte? —me dijo una voz conocida—. ¿Cómo se te ocurre que te voy a matar?

Era el acosador de la ferretería, quien hizo que me volteara para estar frente a él. Y con una fuerza indescriptible, me trajo hacia sí sin siquiera consultarme si me sentía cómoda con ello.

Nuestros ojos se conectaron por segunda vez en la vida. Esta vez no percibí la misma mirada burlona con la que hurgaba en mi vida en la ferretería, sino que transmitía la más profunda preocupación.

—¡¿Tú de nuevo?! —exclamé.

—¿Quién crees que eres para salvar mi vida de aquella manera y escapar así por así? —me dijo completamente serio, no parecía querer seguir payaseando—. ¡Ni siquiera pude agradecértelo!

Abrí mucho los ojos. ¿Por qué este mequetrefe seguía en mi vida?

—¡Entonces dame las gracias y quedamos a mano!

Me soltó. Tiró con una mano su cabello hacia atrás en señal de nervios para luego sostener su cabeza. Me quedé ahí, de pie, contemplándolo. Quería entender qué bicho le había picado.

—No, no, no, tú no entiendes. —Negó varias veces con la cabeza—. Acabas de salvar mi vida, no hay forma de que pueda agradecerte esto con simples palabras.

«Ay, no, qué raro es».

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—¿Mi... nombre? ¡¿Piensas que te voy a dar mi nombre?! —bufé y me solté de su agarre para seguir caminando—. Estás demente, déjame en paz.

Me volvió a agarrar del brazo.

—Por favor, dime tu nombre.

Me solté, fastidiada, pero terminé por complacerlo:

—Emma. Soy Emma. Pero te juro que si me haces alguna brujería, yo también conozco algunos trucos sucios que te harán arrepentir...

—Emma —me interrumpió—. Emma, tú... no tienes idea de lo que acabas de hacer.

Oh, no, quizás se había dado cuenta de que me llevé las cintas adhesivas sin pagar. Al fin y al cabo yo también era una criminal.

—Debiste dejarme morir, jamás podré pagarte esto. No es posible que te deba mi vida, ¿por qué no me dejaste morir?

Sonará cruel, pero en ese momento yo también me estaba preguntando lo mismo.

—Necesito pagarte esto. Por favor, permíteme hacerlo. Tal vez si dedico mi vida entera a servirte...

Llegué a sentirme hipnotizada al mirarlo y escucharlo. Sus palabras, tan hermosas como el océano que tenía en su iris, me hacían caer irremediabilmente en su hechizo. Eso hasta que terminó su oración:

—¿Te casas conmigo? Solo así podré agradecerte el haber salvado mi vida.

El disco se rayó. Su imagen de príncipe se derrumbó frente a mí. Confirmado: Era un desquiciado que seguramente se había escapado del manicomio y se escondía en esa diminuta ferretería. Y esta humilde pintora, señoras y señores, no caería en su juego.

—¿Qué?! ¡Estás loco! ¡Ni siquiera nos conocemos! —Eché tres pasos hacia atrás—. Ay, no, amigo, ¿de qué manicomio te escapaste? ¿O qué te fumaste hoy? Yo no sé, pero no puedo más contigo.

Habiendo dejado claros mis sentimientos, me voltee para empezar a correr lo más rápido que pude. No sabía cómo rayos lo hacía, no sabía cómo siempre lograba ser la protagonista de las situaciones más incómodas del planeta, pero no quise inmutarme en averiguarlo en esta ocasión.

Esta vez, el acosador no me siguió. Sin embargo, en mi misión de escapar, escuchaba sus palabras con cada paso que daba:

—¡Emma!

Paso.

—¿Me... escuchas?

Dos pasos.

—Nos volveremos a...

Tres pasos.

—Encontrar y entonces...

Pero a partir de ahí nada más se escuchó.



Esa noche no pude dormir.

Primero porque, por la mudanza, Isabella había vendido cada uno de nuestros muebles, incluyendo mi cama, y tenía una semana durmiendo en el suelo, en posición fetal, porque no cabía en la colchoneta. Lo peor de todo es que solo había una colchoneta en el apartamento, por lo que debíamos dormir juntas.

—¿Qué mal hice a la humanidad para tener que dormir en el suelo?

—Emma, por Dios, duérmete ya. Tienes una semana con la misma cantaleta.

Segundo, claro, el desafortunado incidente de la tarde me martilleaba la cabeza sin intención de parar. Increíblemente mi trauma no era tanto porque dos ladrones casi me matan, o porque salvé la vida de un desconocido arriesgando tontamente mi propia vida. Es más, esas dos cosas las superé en cuestión de minutos luego de tomarme una píldora calmante y repetirme una y otra vez el discurso de superación que escribí en mi cabeza:

«Cálmate, Emma, estás a salvo. A salvo y con un logro desbloqueado: fuiste parte de un robo a mano armada protagonizado por unos ladrones que tenían su rostro forrado con calcetines rotos y salvaste la vida de un hombre desconocido que luego te persiguió como un demente por todo Los Ángeles pidiéndote que te casaras con él. Pero lo más importante... ¡Salvaste una vida humana! Una que te acosó..., pero ese no es el punto. ¡Dios te dará ochocientos seis escalones hacia el cielo! Eres la heroína, Emma, la heroína. LA HEROÍNA».

—La heroína, Emma... La heroína... —repetí el final del discurso en un susurro.

—¿Qué? —me preguntó Isabella desconcertada.

—¿Ah? —Reí, nerviosa—. No, no, nada.

Sí, el discurso había sido un éxito.

Y es que lo que, en realidad, me hacía sentir tan traumatizada era el joven de oceánicos ojos con sus irracionales palabras: «Debiste dejarme morir, ahora te debo mi vida». «No hay forma de que pueda pagarte esto». «Cásate conmigo».

¿Quién era? ¿Por qué cada vez que lo miraba sentía que lo conocía? ¿Y qué pasaba con esa obsesiva idea de que era obligatorio pagarme el haberlo salvado? ¿Fue un error haber huido sin antes averiguar su procedencia? ¡¿Quién era?! ¡¿Quién?!

—¡Emma Rosalie Bennett! —el tono regañón de Isabella me trajo de vuelta a la realidad—. ¿Se puede saber qué bicho te picó?

Estaba fuera de la colchoneta. Me salí de ella en mi desesperado intento por encontrar respuestas a unas interrogantes que seguro jamás podría resolver.

—Uno de ojos azules...

—¿Ah?

—¡Ninguno! No me picó nada.

Isabella suspiró. Acto seguido, se giró para darme la cara. Traía una expresión de desilusión, una que decía por todos lados:

—A mí no me engañas.

A menudo olvidaba que mi amiga era tres años mayor que yo, pero aún siendo tan joven, tenía un instinto maternal tremendamente sobreprotector. Claro que tenía la opción de echarle todo el cuento, pero la mataría de un infarto. No podía acabar con la vida de mi amiga, que pronto se casaría con el amor de su vida. No todo el mundo lo encuentra.

«Rápido, Emma, piensa en una excusa tonta, pero válida».

—Sí... es que... me bajó hoy.

«Excelente, hipertonta, pero funcional».

Isabella me la compró.

—¿Ah! Bueno eso le da más sentido a todo. —Su expresión, que era una replica idéntica a las expresiones de mi madre cuando está a punto de darme un regaño, se suavizó y transformó en una cálida sonrisa—. ¿Sabes en qué estaba pensando?

Y lo siguiente lo dijimos al mismo tiempo:

—En tu boda.

—¡En mi boda!

Era tan obvio, porque ese parecía ser nuestro único tema de conversación aquellos días. Se rio como una loca y empezó a hablar de lo emocionante que sería el día que, finalmente, llevara el apellido Sinclair.

Sus risas, ojos que resplandecían en medio de la lobreguez y palabras de loca enamorada consiguieron hacerme olvidar el incidente de la tarde. Estaba feliz por ella: mi amiga estaba profundamente enamorada y contenta porque al día siguiente se mudaba con su príncipe azul con el cual, por cierto, se casaba en dos meses.

—¿No estás emocionada, Emma? ¡Mañana nos mudamos con Joseph!

—¡Sí, yuju! —pretendí entusiasmo.

Mentira. No tenía ni una pizca de entusiasmo. Yo no me quería mudar. Amaba nuestro pequeño apartamento y todas las memorias que habíamos creado en él. Era el lugar que me permitió estudiar en Los Ángeles. Estaba segura de que una mansión de multimillonario no llenaría mi alma de la misma forma que lo hacía nuestra caja de fósforos.

—Vas a amar la casa de Joseph. —Isabella me abrazó—. Y al personal, y la vista al jardín, ¡y tu habitación! Te gustará vivir allá y te tendré cerca para seguir cuidándote.

«Supersuertuda-Isabella», no se me ocurría otra manera de llamarle. Pero una «supersuertuda-Isabella» que me quería hasta el punto de llevarme a vivir con ella en la casa de su futuro esposo. Más que mi mejor amiga, era la hermana que mis padres no me quisieron dar porque decían que conmigo y mi carácter era más que suficiente.

Mientras que Isabella seguía hablando de todas las bondades de la mansión Sinclair, mis párpados empezaron a pesar. Mi cuerpo no quería admitirlo, pero estaba exhausto de tantas emociones fuertes.

No me di cuenta del momento en que me desconecté del mundo. Solo supe que las palabras de Isabella se desvanecían rápidamente con el pasar de los segundos hasta que ya no hubo más que solo cuatro palabras en mi cabeza. Cuatro palabras que, en realidad, no pertenecían a Isabella:

«Debiste dejarme morir, Emma».



## Nuevos comienzos

De todas las cosas que hago mal, madrugar encabeza la lista. Si solo el hecho de saber que me tengo que levantar temprano al día siguiente me pone de mal humor, el acto de despertarme viene acompañado de una nube negra encima de mí que escupe rayos. No solo eso, me transformo en una persona completamente distinta. Una Emma monstruosa, verde e insoportable, que no aguanta nada de nadie. Uf, Bruce Banner ni sabe.

Y bueno... digamos que hoy no fue diferente:

—O TE LEVANTAS YA O NO TE TOCA POSTRE EN LA CENA —me gritó una Isabella cabreada, agarrando la colchoneta desde la parte inferior y jalándola hacia sí misma, ya que fue imposible moverme a mí.

—NUNCA HAY POSTRE EN LA CENA.

—EMMA ROSALIE BENNETT, LEVÁNTATE YA O TE IRÁ PEOR.

¿Qué podía ser peor que no comer un postre que nunca comíamos? Nada, así que seguí durmiendo.

—Te lo advertí.

Hubo paz por unos cuantos segundos en los que logré dormirme profundamente otra vez. Eso hasta que sentí que algo húmedo y helado penetró mi ropa, piel y tejidos.

Agua.

—¡AAAAHHHHH! —chillé sentándome de golpe.

La risa malévola de Isabella acompañada de su huida apresurada me indicó que había usado la técnica más vieja y sucia para despertar a una persona: tirarle un balde de agua fría. Literalmente.

—¡HOY MUERES, ISABELLA!

Pero Isabella ya había cerrado la puerta de la habitación confirmando su partida.

—Querida —escuché su tono amable a lo lejos. Me hablaba desde el otro lado de la puerta—, Joseph sacó tiempo de su apretadísima agenda para mudarnos hoy a su casa. Está subiendo las escaleras ahora mismo, así que alístate rápido y sales porque nos tenemos que ir enseguida. ¿Sí? ¿Porfis?

No le respondí, pero no era necesario. Ella sabía que le haría caso.

Cual zombie, caminé hasta la ventana para abrirla. Los cálidos rayos de sol penetraron la habitación y, de pronto, sentí nostalgia. Sería la última vez que, en dicha habitación, haría un puchero para no despertarme. La última vez que Isabella me tiraría agua helada para levantarme. La última vez que abriría esa ventana para convencerme a mí misma de que realmente había amanecido. Que había un nuevo día esperando ser enfrentado.

Pero las últimas veces dan paso a experimentar primeras veces. Y aunque Isabella me decía una y otra vez que el motivo por el cual me llevaba a su futura residencia era que no quería que me quedara aquí sola, yo sabía su motivo real: quería ofrecerme una nueva oportunidad.

—¡Querida! ¡Joseph ya está aquí! ¿Te estás alistando?

Suspiré. En una batalla contra mí misma, me dirigí al baño, no sin antes, claro, torturar un poco a Isabella.

—¡Hola, Joe! —Abrí la puerta del dormitorio, con una sonrisa cínica adornando mi rostro. Joseph, que naturalmente intercambiaba saliva con Isabella, me sonrió de regreso.

—¡Buenos días, Em...! ¡Santo cielo! ¿Por qué estás toda empapada?

—Pregúntale a tu prometida.

Joseph fijó sus intensos iris azules en Isabella esperando una respuesta. Yo estaba deseosa de saber si realmente la estaba indisponiendo.

—Es que no se quería despertar —respondió ella honestamente encogiéndose de hombros.

Los labios de Joseph, que estaban inundados en sorpresa, se curvaron hacia arriba dando paso a la carcajada del año.

—Le hacía lo mismo a mis hermanos cuando estábamos en el colegio.

No me sorprendió en absoluto cómo reaccionó Isabella ante la respuesta de su novio: achicó los ojos, lo vio con esa ternura de enamorados que enferma, se rio un poquito, pero terminó otorgándole gratis de su saliva otra vez.

Exhalé el aire derrotada, pero no pude seguir de mal humor, aunque quise. Esos dos sí que se veían bien juntos. Estaban muy enamorados. Y verlos tan felices me hacía sentir feliz a mí también.

—Definitivamente ustedes dos son tal para cual —les dije.  
Y cerré la puerta riéndome.



La forma de manejar de Joseph era tal como su personalidad: pasiva y protectora. Nunca me había sentido tan aburrida en un viaje hacia otra ciudad, pero Isabella parecía disfrutarlo.

Los miraba de vez en cuando: se sonreían entre sí en las paradas y cuando sonaba en la radio una canción que ambos conocían, desafiaban cantaban y bailaban juntos.

Yo estaba un poco incómoda y creo que Joseph lo notó, porque pronto empezó a hablarme de la habitación que eligió para mí en su casa.

—Es la única en la casa con paredes blancas —decía con mucha confianza, como si nos conociéramos de toda la vida—. Así que puedes dejar volar la imaginación cuando decidas decorarla. Y claro, si quieres, mis hermanos y yo te podemos ayudar a pintarla. Además, hay un espacio especial para que puedas trabajar en tus pinturas. —Me guiñó un ojo a través de uno de los retrovisores. Seguido, habló de sus hermanos—: Creo que te caerán bien. Están en los veinte, así que tendrán mucho de qué conversar.

—Los amarás, Emma —añadió Isabella—. Ambos son de lo más geniales.

Me encogí de hombros.

—Sí, seguro.

Isabella ya me había hablado antes de la familia de Joseph: tres hijos de padres fallecidos en un accidente automovilístico, que los dejó huérfanos hace cinco años, pero herederos de una gran fortuna. Con esta última crearon una famosa cadena hotelera que se extiende alrededor de los cinco continentes, más otros negocios alternos que no especificó.

Definitivamente, Isabella tenía su vida resuelta al casarse con tal galán, pero eso solo me hacía a mí preocuparme todavía más al no tener un trabajo estable. Me mantenía bien vendiendo lienzos pintados, pero no sería algo que me diera de comer por el resto de mi vida. Debía pensar en algo pronto.

Entre la conversación, que se puso muy interesante, y un par de canciones que canté con ellos cuando finalmente me sentí en con-

fianza, llegamos a Beverly Hills, la ciudad de ricos y famosos donde casualmente también vivía la familia Sinclair, porque vamos, no iban a vivir en un pueblucho como el resto.

—Abre la puerta, Edward —dijo Joseph muy emocionado a un parlante cuando nos encontrábamos en el portón.

Las puertas se abrieron de par en par y... OH, DIOS MÍO. Quéde TOTALMENTE ESTUPEFACTA cuando el auto inició su recorrido por el jardín frontal de la mansión.

«Oh, mierda...», no pude evitar decir para mis adentros.

Me preparé mentalmente para ver una casa gigantesca, pero no me esperaba que fuera una mansión de tal magnitud. La fachada era del siglo xx, pero con un toque pintoresco y a la vanguardia del siglo xxi. Alrededor de ella se extendían hectáreas del pasto más verde y brillante que jamás hubiese visto en mi vida. Seguramente porque en el pueblo en donde vivíamos todos los árboles estaban secos.

Sonreí. Era hermosa, un sueño hecho realidad. Una mansión diseñada por un talentoso arquitecto que, demonios, sí que sabía lo que estaba haciendo. Y luego estaba el trabajo de un diseñador seguro de sí mismo y fanático del movimiento minimalista que eligió un blanco perla para el color principal porque combinaría extraordinariamente con todo lo demás que le incluyeran.

Yo no sabía mucho de diseño y mucho menos de arquitectura, porque casi no paso la materia en la universidad, pero no hacía falta ser un genio en ambas profesiones para apreciar tal trabajo.

Fue en ese instante cuando olvidé por completo la caja de fósforos en la que vivíamos. Isabella acertó: me enamoré profundamente de nuestra nueva vivienda.

Mientras apreciaba el trabajo hecho por los dioses del espacio sideral, Joseph estacionó su refinado auto frente a la puerta principal. Y entre risas traviesas, porque era obvio que yo estaba atónita, se bajó de él dispuesto a buscar nuestro equipaje en el maletero.

—Hermosa, ¿eh? —me dijo Isabella. Asentí—. Y deja que te haga el tour interno. No querrás salir nunca de aquí.

Me obligué a cerrar la boca —que estaba por empezar a babear— mientras nos bajamos del auto. Joseph se posó frente a nosotras con dos o tres maletas y las colocó en el suelo. Entonces se le vio pensativo. Antes de que pudiésemos preguntar el motivo, ya tenía el teléfono móvil en la mano y estaba marcando un número.

—Eh, Matt, ¿puedes echarme una mano con las señoritas?

No supe qué más le dijo al tal Matt, porque estaba tan ansiosa de conocer la casa que los abandoné para correr alrededor del porche como cachorro contento recién adoptado. La brisa, cálida como esa mañana, acariciaba mi piel con tanta suavidad que era imposible evitar sentirme que finalmente estaba siendo libre.

Vaya... ¡Amaba verdaderamente el lugar! ¡Gracias, Isabella, por conquistar a ese tremendo galán multimillonario y dejarme disfrutar de los beneficios! ¡O de un par, por lo menos!

Una cosa llevó a la otra y quedé dando vueltas hasta quedar parada, muy despeinada, frente a la puerta principal. Isabella me miraba desde la distancia riéndose a carcajadas. Joseph seguía al teléfono.

Escuché un chirrido. Era la puerta detrás de mí abriéndose, pero estaba tan distraída deleitándome con el paisaje mañanero que ni siquiera me inmuté en ello.

—¿Emma? —dijo mi nombre una voz masculina.

Mi cuerpo entero se paralizó. Un frío mucho peor que aquel que sentí en la mañana cuando Isabella me tiró el balde de agua helada recorrió cada una de mis entrañas en cuestión de milésimas de segundo. Dolía como el demonio. Más porque no se trataba de algo físico, sino de la más pura sensación de horror.

Tragué con dificultad. Esa voz... esa voz yo la conocía. Con mi espalda entera tensa, cabello que debía estar como un espantapájaros, el corazón que me latía a mil por hora y mi rostro ensombrecido, me giré lentamente en dirección a la puerta.

Todo a mi alrededor pareció desvanecerse cuando lo vi ahí parado, con el teléfono móvil pegado a la oreja y un rostro quizás más sombrío que el mío. Ahí estaba el desquiciado de la tienda que me correteó por todo Los Ángeles. Sus cautivantes ojos azules me miraban en shock.

—¿Tú... tú eres la amiga de la prometida de mi hermano?

Su... hermano...

Joseph... era... su... hermano...

Reí ahogadamente, pero ni siquiera eso ayudó a que el peso que cargaba en mis hombros se alivianara.

Mi corazón quiso detenerse.

Luego no supe qué cara poner.

Entonces perdí el aliento.

Y... y...

Me desmayé.





## Universos rotos

Ni siquiera sentí el impacto de mi cuerpo contra el suelo. Todo en mí se apagaba rápidamente: primero la vista, le siguieron mis extremidades y finalmente se esfumaba mi conciencia. Entretanto luchaba arduamente por no perderla del todo, porque demonios, estaba desmayándome en una casa que no era la mía, las voces seguían resonando en el fondo:

—¡Emma! —la voz horrorizada de Isabella.

—¡Santo cielo, Emma! —la voz pasiva, pero preocupada de Joseph.

—Escuché gritos... ¡MADRE MÍA! ¡¿POR QUÉ HAY UNA CHICA DESMAYADA EN LA ENTRADA DE NUESTRA CASA?! ¡MATT! ¡QUÉ LE HICISTE? —Eh... esa voz no la conocía. Pero era de una mujer. Y sonaba todavía más horrorizada que Isabella y Joseph.

—¿YO? ¿POR QUÉ PIENSAS QUE FUI YO?

—¡Tal vez porque cayó rendida ante tus pies!

—¡Pues eso sería algo bueno! ¡¿No crees?!

Meh... Bien o mal, él tenía un punto.

—¡Jane! ¡Matt! ¡Basta! ¡Hay que llevarla adentro! —ordenó la voz mandona, digo, consternada de Isabella.

Mi cuerpo se sintió como una mierda de goma cuando unos brazos —muy fornidos, si es que conviene decirlo, sino no— me alzaron. La sensación de gravedad me golpeó con hostilidad.

¿Quién me cargaba? ¿Joseph, eras tú? ¿Tú y tu magnífico cuerpo de dios veterano, pero malditamente millonario? Debía ser él, porque una repentina sensación de protección me inundó de tal manera que sentí que estaba bien perder la conciencia en su totalidad.

Y así lo hice.

Luces. Presencias. Voces.



—Eres un idiota, Matt.

—¿Podrías callarte ya?

Debilidad. Pesadez. Una sensación de suavidad. Más voces.

—Emma... —Toque en mi hombro—. Vamos, querida... levántate ya, me voy a morir de la preocupación.

«Isabella. Isabella, eres tú».

—Insisto en que no deberíamos tenerla acostada —dijo la voz masculina que se tornaba más audible con cada palabra.

—Se muere y tú serás el único culpable. Compórtate de una vez, tu personalidad espanta a todo el mundo.

«¿Mamá? ¿Eres tú regañándome, mamá?».

—Jane, ya fue suficiente —regañó la voz gruesa de Joseph.

«Joseph. Abrázame, Joseph. No, mentira, me da pena. Mejor no».

Mi mente se encendió. Con el carácter podrido que la caracteriza, reclamó el control de todo mi cuerpo, empezando por el estómago que rugió. Maldición, me moría de hambre. «Oh, por favor, que nadie lo haya escuchado».

Sentí que quería abrir los ojos con las pocas fuerzas que tenía.

Un parpadeo.

Dos parpadeos.

Muchos parpadeos.

Sensación de debilidad.

Un corazón bombeando rápido cerca de mí.

—¿Emma?

Estaba sentada. Una mano —grande y de piel seca, por lo que definitivamente no pertenecía a Isabella— acarició mi mejilla. Le daba unos golpecitos delicados que, por alguna razón que desconozco, se sintieron perfectamente cómodos y me hicieron recostarme sobre ella con una sonrisa de estúpida.

—Vamos, Emma.

Abrí los ojos. Unos ojos azules como el océano me miraban.

Oh... Hermosos ojos azules...

¡¿UNOS OJOS AZULES ME MIRABAN?!

Una fuerte corriente eléctrica me devolvió la consciencia de un tirón. Así fue como mis ojos divisaron lo peor: las manos del desquiciado, que parecían no querer abandonar mis mejillas, transformándose en dos garras enormes y puntiagudas a punto de atacarme.

—¡NO! —grité despavorida quitándomelas de encima.

Severos y sin piedad, los sucesos del día anterior golpearon mi mente. Los ladrones, los disparos, mi estúpido, pero exitoso acto heroico, las lágrimas de trauma y él... quien me persiguió sin descanso por la calle proponiendo involucrarme en una cuestión que ni siquiera iba conmigo.

Me levanté de la cama agitada.

—¡No, no y no! —grité alejándome del área.

—¡Emma! ¿Qué tienes? —exclamó Isabella sumamente consternada.

Pero yo ni siquiera me inmuté en prestarle atención. Ayer había salvado una vida desconocida y hoy quería salvar la mía del peor peligro de todos: los recuerdos.

—¡Tú, engendro del mal! —señalé al loco que se mantenía estático sentado sobre la cama—. ¡Ni se te ocurra volver a tocarme! ¡Solo Dios sabe dónde estuvieron esas manos!

Me volví hacia los demás. Isabella estaba sentada sobre la cama, Joseph se mantenía a su lado derecho y en el lado izquierdo, estaba una pelicastaña random que tenía un parecido tremendo a él. Todos quietos, confundidos, boquiabiertos.

—¡Y ustedes! ¡No los conozco a todos, pero no dejen que ese loco me vuelva a tocar!

La pelicastaña random fue la primera en moverse. Pero para reírse. Reírse a carcajadas.

—Vaya, vaya, Matt. Esta vez sí te pasaste —dijo.

—¡No hice nada! —El desquiciado se golpeó la frente.

Matt, su nombre era Matt.

Matt intentó acercarse hasta donde yo estaba (que era básicamente la puerta de la habitación), pero grité uniéndome a la locura que lo caracterizaba a él también.

—¡No, aléjate! ¡Te lo advierto! ¡Sé kung-fu!

Mentira. No sabía una mierda de kung-fu, pero por alguna razón esa frase siempre parece funcionar en las películas de bajo presupuesto cuando el debilucho de la historia está en peligro. O sea, yo.

Isabella fue la siguiente en acercarse. Pensé que para protegerme de todo mal, pero en realidad me tiró al agua con los tiburones. El tiburón.

—¿Kung-fu? Pero si renunciaste después de la tercera clase.

Ah... con amigos así, ¿quién necesita enemigos?

—Emma, estoy sumamente apenado por lo que te dije ayer, estaba muy alterado —prosiguió Matt tratando de abordarme. Me cubrí con ambas manos—. De verdad, las cosas no debieron darse así. Pero

no es mentira lo que te dije, me siento necesitado de pagarte lo que hiciste por mí.

—Woa, niños, ¿qué hicieron ustedes ayer? —preguntó la pelicastaña random llena de suspicacia. Aunque no me favorecía nada de lo que decía, su humor parecía tan oscuro como el mío que presentía la amaría pronto.

Joseph la golpeó con su codo. Era un experto en respetar la privacidad de los demás. Lamentablemente, su prometida carecía de tal cualidad.

—¿Ayer? ¡Un momento! —Nos señaló Isabella con el dedo índice—. ¿Se conocen? Emma, ¿tú y Matthew se conocen?

Nuestras respuestas no coincidieron:

—No —dije yo.

—Sí —dijo él al mismo tiempo que yo.

Isabella exhaló el aire derrotada.

—Ahora estoy más confundida.

Me dirigí a Matt.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Por unos segundos, él pareció dudoso de responder. Se rascó la nuca en signo de nerviosismo y luego, por primera vez desde que me desmayé, sus ojos se conectaron con los míos. Su mirada destellaba arrepentimiento. Hasta parecía que no estaba seguro de cuál era la forma correcta de tratarme.

«Sí, amigo, deberías sentir eso y más. Ayer la regaste toda conmigo».

—Vivo aquí —respondió finalmente—. Joseph es mi hermano y... el prometido de Isabella, pero eso ya lo sabes bien.

Una risita sarcástica brotó de mi boca. Claro, él ya me había dicho que Joseph era su hermano, pero estaba tan ocupada desmayándome que había pasado por alto ese importante detalle.

«Bravo, Emma, ahora sí te metiste en un tremendo lío».

—No... —Reí como desquiciada.

—¿No? —preguntó él frunciendo el ceño.

—No... —Volví a reír—. Ustedes no son hermanos. Mira a Joseph. Es apuesto, inteligente, un hombre de negocios y lo más importante: sensato. Y tú, tú eres todo lo opuesto a él.

La carcajada de la pelicastaña random fue muy audible. Joseph, en cambio, se sonrojó solo un poco. Probablemente estaba más preocupado que otra cosa.

—Amo a esta chica —dijo la pelicastaña refiriéndose a mí.

—Bueno gracias, no esperaba recibir tan hermoso cumplido en esta mañana repleta de emociones fuertes —replicó Matt con sarcasmo.

Isabella, que ya estaba prácticamente frente a mí, me agarró la mano.

—Querida, ¿segura que estás bien?

Por supuesto que no estaba bien. Un poquito más y me pudo haber dado un paro cardíaco. Encima, ¿por qué ese loco tenía que estar aquí? Era lo peor que me pudo haber pasado en mis patéticos veintitrés años de vida. Y eso que me habían pasado cosas muy insensatas. Sin embargo, por su bienestar emocional, no se lo dije.

—Te golpeaste muy fuerte la cabeza cuando caíste al suelo y... y ahora estás diciendo cosas sin sentido. Si es necesario, podemos llamar al médico de la familia... —Miró a Joseph, este concordó—. Vendrá enseguida a atenderte.

Me tensé al escuchar la palabra «médico». Todo esto, que empezó siendo una mudanza normal a una casa normal donde se suponía que vivía una familia normal, se estaba saliendo de control. Yo no era la persona con el coeficiente intelectual más alto, pero no había que ser un genio para saber que estaba armando un espectáculo en la casa de los Sinclair, a la que, por cierto, acababa de llegar.

—Estoy bien —fingí reponerme—. De verdad, nunca me he sentido mejor en mi vida.

—¿Segura? —intercedió Joseph—. No pareces bien.

Le sonreí.

—Estoy bien, es solo que...

«Rápido, Emma, usa una de tus tontas excusas».

—¡Que confundí a tu hermano con otra persona que no me cae bien! Soy tan tonta, ¿o qué? —Me golpeé la frente a propósito—. No se preocupen tanto por mí, solo necesito un minuto a solas para componerme y les prometo que todos nos olvidaremos de este penoso accidente.

Sé que ellos no me creyeron. Ninguno de los tres. Tampoco había que tener un coeficiente intelectual de genio para saber eso. Pero, como dije antes, Joseph tenía un doctorado en respetar la privacidad de los demás, así que, simple y sensato, asintió con la cabeza.

—Por favor, llámame si necesitas algo. —Me tocó el hombro antes de abandonar el dormitorio—. Estás en tu casa, querida Emma.

La siguiente en salir fue Isabella. A diferencia de Joseph, no me dijo nada, ni tampoco me consoló con un toque en el hombro. Pero su mirada... su mirada fue el rayo óptico de Cíclope (sí, sí el de los

X-Men) tratando de partirme en dos. Supe que luego tendríamos una larga conversación.

La pelicastaña, por otra parte, fue más directa que la pareja.

—Vas a explicar esto —señaló a Matt justo antes de traspasar la puerta.

Así quedé completamente sola en la... no espera, aún faltaba alguien por salir. Carraspeé tirándole una indirecta, pero el muy torpe no la captó.

—¿De verdad me confundiste? —preguntó en su lugar.

Ni siquiera dudé en responder.

—Por supuesto que no, eres un loco inconfundible.

—Emma... —Hizo un ademán de acercarse a mí.

Eché dos pasos hacia atrás. Sentí la puerta contra mi espalda.

—Por favor, agradecería que tú también te fueras.

—Vamos, Emma —insistió por enésima vez—. Ayer me comporté como un idiota, pero no hablaba en broma, de verdad quiero pagar lo que hiciste por mí.

La tensión volvió a mi cuerpo. ¿Por qué seguía repitiendo eso? Sí, quería pagarme el haber salvado su vida, ¿pero cuánto podía valer eso en dinero? Yo me estaba comiendo un cable y todo, sin embargo no quería su dinero.

—Te dije que puedes darme las gracias y quedamos a mano.

—No, eso no es suficiente. Tengo una tremenda deuda contigo. Quizá era mejor que me dejaras morir, porque ahora no sé cómo haré para pagarte esto.

—¿Querías morir?

Se dibujó en su rostro su sonrisa de príncipe de Disney. Esa sonrisa que para mí podía ser un arma mortal. La sonrisa que decía por todas partes: «No soy malo, pero pasé por un mal momento. Y tú lo sabes». La sonrisa que me hizo bajar la guardia y sentarme en la cama para escuchar lo que tenía que decir.

—Por supuesto que no —replicó acercándose sigilosamente hasta quedar sentado a mi lado—. Pero ahora te debo mi vida, no estoy seguro de cuántos millones valga eso, pero no creo que tenga tanto dinero así.

Por lo menos valoraba su vida, no era un suicida depresivo.

—¿Por qué te desmayaste? —preguntó.

«Porque estás demente».

—¿Has comido algo hoy? —inquirió. Negué—. Ay, Emma, es por eso.

«Me muero de hambre, pero no, te aseguro que me desmayé porque estás demente».

—¿No has oído que el desayuno es la comida más importante del día? —continuó—. Espera aquí, vuelvo en un rato.

Sin decir más nada, se apresuró en salir de la habitación. ¿En serio? ¿Esa había sido toda la cantaleta de «debo pagarte el haber salvado mi vida, Emma»?

Yo, por supuesto, no lo detuve. Necesitaba mi momento a solas para calmarme. Además, se había ido por su propia cuenta, así era mucho mejor.

Aproveché la reciente tranquilidad para examinar el dormitorio en el que me encontraba. ¡Vaya, sí que era enorme! Sinceramente, esperaba que ese fuera el mío porque, de ser así, Joseph no mentía cuando dijo que me fascinaría.

Las paredes eran blanco perla, lo que me recordó sus palabras de la mañana en el auto: «Es la única en la casa con paredes blancas. Podrás dejar volar la imaginación al decorarla». Así que sí estaba en mi nueva habitación.

Recorrí descalza el lugar solo para sentir que el suelo estaba cubierto por una alfombra gruesa y lanuda color crema. Seguro era muy cara, por lo que, inmediatamente, me prohibí pintar sobre ella. Tenía que empezar a ser responsable.

Me volví hacia la cama en donde previamente estaba sentada. No me había percatado cuán enorme era. Sobre ella, reposaba un cobertor color dorado con encajes blancos y, en el cabezal, seis almohadones del mismo color cuya función era meramente decorativa.

Dos mesitas de noche blancas se situaban a cada lado de la cama. Y en una de ellas, una lámpara dorada se mantenía en pie, con un florero acompañándola. Muy bien, diez puntos para los Sinclair por el minimalismo.

Pero lo que más me llamó la atención fue lo que pareció un pasadizo al fondo del dormitorio. «Hay un espacio para que puedas trabajar en tus pinturas», resonaron las palabras de Joseph en mi cabeza.

Caminé hasta allá y me encontré con una maravilla: era una sala pequeña que no tenía alfombra ni muchos muebles. ¡Sí, ahí sí podría pintar!

Sonreí ampliamente al sentir los cálidos rayos de sol que traspasaban por un gran ventanal en una de las paredes. Solo por eso y el sofá que se extendía de lado a lado frente a la ventana, para mí ya era perfecta. Pasaría mucho tiempo ahí haciendo mis trabajos.

Regresé al dormitorio y me tumbé sobre la cama. Quería sentir que era merecedora de tal tranquilidad, pero sin querer sentí mucho más que eso. Me sentí cómoda. Estable. Encajando en un lugar. Entonces recordé la casa de mis padres en Seattle, el último lugar donde experimenté tal sensación.

Hogar. Pertenencia. Familia.

Un golpe en la puerta, seguido de esta abriéndose me hizo levantarme de un tirón. Tal vez se me había pasado la mano con el momento cliché.

—Pensé que te habías vuelto a desmayar.

Era Matt. OTRA VEZ.

—No —contesté un tanto fastidiada.

Sin embargo, todo el mal humor se esfumó cuando un olor delicioso acarició mi nariz. Provenía de una bandeja que Matt traía en sus manos con lo que aparentaba ser comida.

—¿Qué... es... eso? —me atreví a preguntar.

—Esto es...

Terminó de entrar. Colocó la bandeja en una de las mesitas de noche situadas al lado de mi cama y sonrió con satisfacción.

—El desayuno.

Parpadeé tres veces con sorpresa. Vaya, nunca nadie me había llevado el desayuno a la cama y menos un desconocido demente con sonrisa de príncipe de Disney.

—¿Por qué... me traes el desayuno?

—Pues porque no has comido nada.

«Algo quiere de ti, Emma. Acuérdate: Mucho amor confunde».

—Isabella me dijo que te gustan mucho los waffles con dulce de leche y frutas, así que eso te traje.

Ya en serio, el hombre se veía tan orgulloso de sí mismo que ni siquiera tuve el valor para protestar. Eso y que mi estómago cobró vida en ese momento, lo que conllevó a que rugiera como un temerario monstruo y yo quedara roja como tomate de la vergüenza. Matt, naturalmente, no se aguantó las ganas de reír.

—¿Eso fue tu...?

—Me correteaste ayer como un demente recién salido del manicomio y me rogaste que me casara contigo para pagarme un tonto acto heroico —contraataqué como una carretilla.

—Ya. —Alzó las manos en signo de paz.

Miré los waffles. Demonios, se veían deliciosos. Y olían muy bien también. ¿Los habría preparado él? Por supuesto que no, este chi-

co debía tener miles de sirvientes que seguro satisfacían todos sus caprichos.

—Espero que te gusten, es una receta secreta que me enseñó mi madre, así que te agradecería que al final me dejes saber tu opinión.

Santo cielo, sí los había preparado él. Y era una receta secreta de su madre. Y yoapestaba en la cocina. Y le había salvado la vida. Y él quería pagarme el favor. Y creo que podría lograrlo preparándome de esos waffles por el resto de nuestra vida.

Entretanto yo me petrificaba por saber que estaba en una habitación con un raro espécimen que sabía cocinar, él aprovechó ese momento para tomar un pedazo del waffle con un tenedor y depositarlo en mi bocota abierta. Cerré la boca enseguida y me tapé con una mano para que no se saliera la comida, lo que ocasionó que él volviera a sonreír.

No tuve ni tiempo de sonrojarme otra vez por el momento tan incómodo, porque lo que estaba comiendo... OH, DIOS MÍO. Fue como saborear un pedacito de cielo. Un waffle preparado por un ángel. No, un waffle preparado por el mismo Dios. Era simplemente EXQUISITO.

—Gracias por salvar mi vida ayer —me dijo con una ternura peligrosa—. Soy Matthew, por cierto, pero puedes llamarme Matt.

—¿Por qué? —pregunté con dificultad mientras masticaba. Se me escapó el sarcasmo—: ¿Porque nos conocemos de toda la vida?

Matt frunció el ceño.

—Casi me escupes el waffle —contraatacó con un rifle. Entonces sí me sonrojé de la pena—. Y no, la razón es porque todo el mundo me llama así. Además, mi madre me puso el apodo, así que me gusta.

Tragué. Ya había mencionado a su madre dos veces en menos de diez minutos, lo que me confirmó que este chico amaba profundamente a su madre difunta y eso, por desgracia, me llenó de tanta ternura que terminé por tirar toda la guardia al suelo.

Era el momento. El momento apropiado en que debía despejar todas las dudas que tenía respecto a los sucesos pasados.

—Matt —me atreví a llamarlo por su apodo. Él se vio complacido—. ¿Por qué haces un embrollo tan grande de esto?

—Ya te lo dije: debo pagarte lo que hiciste por mí.

—Quiero decir, ¿por qué es tan importante para ti pagármelo? Otro en tu lugar solo me hubiese dado las gracias.

Cortó otro trozo de waffle para dármelo directo en la boca. Quería decirle que se detuviera. Que yo podía comer sola. Pero se sentía tan

bien que me atendiera así, porque nunca ningún hombre lo había hecho, que no pude escapar de tal hechizo.

—Porque tener deudas me aterroriza. Mi padre decía que uno nunca debe tener deudas con nadie y para mí es una regla de vida.

—Pero todo el mundo tiene deudas en esta vida.

—Los Sinclair hacemos el mejor esfuerzo por no tenerlas.

Obvio. Porque los Sinclair eran multimillonarios. Mínimo sudaban el dinero. Debía tener su vida pagada y la de sus próximas diez generaciones.

—¿Así que me traes el desayuno a la cama porque sientes que tienes una deuda conmigo?

Asintió con la cabeza. No parecía que hablara en broma, de hecho, se veía completamente seguro de sus palabras.

—Vaya, Matt —le dije—. En verdad pensé que todo esto era una broma, pero creo que sí hablas en serio.

—¿Por qué crees que hablaría en broma?

—Porque no todos los días le salvas la vida a alguien e insiste en que debe pagártelo. Hasta me pediste que me casara contigo.

—Eso te lo dije en serio también.

Solté la carcajada del año. Hasta creo que un pedazo de waffle voló por los aires, pero, por suerte, Matt no se dio cuenta.

—Vamos... —le rogué seriedad.

—Bueno, de acuerdo, no lo dije tan en serio. —Su arma mortal se asomó en el rostro. ¿A quién quería engañar? Este chico tenía su encanto—. Pero en ese momento parecía la única forma. Si te tengo a mi lado por el resto de mi vida, podré cuidarte y saldar mi deuda contigo.

—Pero no nos amamos. —Me encogí de hombros—. No creo que quieras pasar el resto de tu vida con alguien que no amas.

—Prefiero pasar el resto de mi vida con alguien que no amo, que pasar el resto de mi vida pensando que tengo una deuda con alguien. ¿Qué diría mi padre al respecto? Seguro se avergonzaría de mí.

Dos veces mencionó a su difunta mamá y ahora dos veces a su difunto papá. Houston, teníamos un problema emocional aquí, pero él aparentaba estar bien.

—¿Y qué diría tu novia respecto a esto? No creo que le guste la idea de que tengas que cuidarla a ella y también a otra chica.

—Eso no será un problema porque no tengo novia.

—¿Ah, no? ¿Y qué hay de la rubia de la ferretería?

—¿Qué rubia y qué ferretería, Emma?

—Ay, no te hagas, la cajera de la ferretería donde te salvé la vida.  
Se cruzó de brazos, confundido.

—No sé qué habrás visto, ni percibido, pero te informo que esa rubia no es mi novia. Solo somos colaboradores.

—¿Qué tipo de colaboradores? —Sin querer, lo miré con suspicacia.

—Colaboradores profesionales. —Captó mi indirecta. Vaya, vaya, retiro el momento en que dije que era un chico torpe. Teníamos a un cerebritito con pies aquí.

Obviamente, yo no le creí mucho. Pero tampoco estaba en posición de ponerme a discutir algo tan tonto. Mis hormonas aún tenían algo de dignidad.

—Bien, te creo.

—Y tú, Emma, ¿tienes novio?

Cachetada de la vida. Estrujón directo al corazón. Muerte de una neurona. Mis hormonas perdieron toda la dignidad que tenían y, como por un impulso nervioso, llegó a mi cabeza el recuerdo del imbécil que dejé en Seattle.

«Ni se te ocurra llorar, estúpida. No llores».

—No.

Los iris azules de Matt se iluminaron.

—No tendremos problemas entonces.

—Déjame ver si entiendo bien —espeté—. Tú sientes que porque yo salve tu vida, tienes una deuda enorme conmigo que no puedes pagar con dinero, así que quieres pagarla cuidándome de por vida.

Sonaba tan retorcido para mí.

—Sí.

Sí, era un desquiciado.

—Es la única forma que se me ocurre y en vista de que te has mudado a nuestra casa, creo que será más sencillo —dijo al mismo tiempo que se levantó de la cama.

Oh, demonios, era verdad. Estaba condenada a vivir en casa de los Sinclair hasta que pudiese pagarme un lugar para vivir por mi cuenta. O me quedaba, o moría de hambre en la calle. Claro que también estaba la opción de regresarme a donde mis padres, pero eso sería ser considerada como una adulta fracasada por el resto de mi vida.

—Ahora, ya que dejamos todo claro, iré a buscar tus maletas.

Abrí los ojos, sorprendida.

—¿Perdón?

Pero él ya estaba en la puerta.

—Estoy hablando muy en serio, Emma, dije que te voy a cuidar y a servir, así que iré por tus maletas.

—¡No es necesario, yo puedo...!

Cerró la puerta de golpe. Me golpeé la frente con ambas manos.

«Buen trabajo, zoqueta, debiste haberlo dejado morir», me regañó la parte más oscura de mi mente.



Veinte minutos después, ahí estaba Matt enfrente de mí, con las cinco maletas de tamaños variados que traje. Curiosamente lo que más me sorprendió no fue que el chico carecía de sudor tras subir esas inmensas escaleras con todas mis porquerías, o que podía cargar sin dificultad alguna con ambos brazos todas las maletas como si mínimo fuese un superhéroe de Marvel.

No. A mí lo que me tenía sorprendida era el pecho musculado que omití por completo tenía. Esos músculos pectorales tan definidos que al forzar sus brazos a cargar mis estropajos, se le marcaban tan calientemente en el torso que terminé por mordirme el labio sin querer.

—¿Dónde... las... —Su rostro difícilmente se veía por las maletas, pero su pecho... Dios... — ...coloco?

Entrecerré los ojos para lujuriar mejor.

—No, tú sigue cargándolas.

—¿Ah?

Ahí caí en la cuenta de lo que estaba haciendo. De inmediato, desvíe la mirada a otro lado, uno donde no estuviese su pecho caliente.

Soné mi garganta e hice el mejor esfuerzo por parecer desinteresada.

—Solo déjala ahí y retírate, por favor.

—¿Retirarme? —preguntó lleno de confusión. Colocaba mis maletas una a una en el suelo, con mucho cuidado. Si hubiese sido yo las tiraba—. Tienes un montón de cosas y, para tu buena suerte, yo mucho tiempo libre hoy, así que te ayudaré a desempacar.

¿Hablaba en serio?

—¿Qué?! —grité sin medir mi tono. Hasta me quedé de pie de la indignación—. ¡No! No vas a ayudarme a desempacar mis cosas.

Podía tener un pecho caliente, pero eso no le daba derecho a entrometerse en mi privacidad. A no ser que me mostrara su pecho cal...

«Las hormonas, zoqueta. Controla las hormonas».

No. De ninguna manera le permitiría ver mis cosas.

—¿Cómo que no? Claro que te voy a ayudar, salvaste mi vida ayer y...

—Sí, sí, sí... —lo interrumpí—. Ya me quedó clara toda esa mierda, pero son mis cosas y mi privacidad. Así que yo lo haré.

Matt, ni corto ni perezoso, se dispuso a agarrar una de las maletas y abrirla para sacar mis prendas de ropa, ignorando cualquier petición cordial de mi parte. Sentí que la sangre llegó a mis orejas y salió en forma de humo. ¡Pero qué tipo más entrometido y testarudo!

—¡Matthew, te exijo que dejes de tocar mis cosas!

Como si estuviese sordo, siguió sacando las prendas de ropa y tirándolas a la cama. Seguido, y riéndose, porque yo tenía cara de payaso, sostuvo otra maleta para hacer lo mismo.

Yo no lo iba a permitir, así que recurrí a lo más sensato que mi cerebro me proponía hacer en un momento tan caótico como este: me subí a la cama y me tiré directo en su espalda. Y él, por supuesto, no se lo esperaba.

—¿Qué haces?! —gritó todavía riéndose.

—¡Obligarte a que dejes de tocar mis cosas!

Escalé en su espalda como pude hasta que mis brazos quedaron amarrados en su cuello. Le estaba dificultando el asunto de desempacar mis cosas y lo sabía. Era una genio, era la mejor idea que alguien tan cuerda como yo pudo tener.

—¿Segura? —preguntó divertido.

Acto seguido, y porque los dioses del espacio sideral me odian, flexionó su torso hacia abajo como si estuviese ejercitándose y yo fuese una pesa en su espalda, lo que hizo que la gravedad me tirara hacia adelante.

Mi grito fue tan horrible como el de una gata en sus días especiales huyendo de su terrible destino: agudo, temeroso, pidiendo piedad. Me deslicé por su espalda, pasando por sus hombros, en caída libre hacia el suelo.

Estaba segura de que moriría del golpe que recibiría mi cráneo al impactar contra el suelo, pero todo se detuvo en seco. Maldición, qué muerte más rápida y estúpida.

Hasta que la voz de Matt me trajo en sí:

—No pesas nada, Emma.

Abrí un ojo. Un segundo... ¿por qué todo se veía al revés? O sería que...

Grité. Y esta vez mucho más fuerte. Todo se veía al revés porque yo estaba al revés. Matt me tenía agarrada de los pies, lo que ocasionaba que me mantuviera suspendida en el aire.

Es curioso cómo antes de morir la gente piensa en su último deseo o en la última persona que vio. Yo en ese momento lo único que rogaba era: que no se me haya subido la blusa, por favor. Que no me vea el sostén, por favor. Es uno de mis peores sostenes, por favor.

Mi cuerpo dio otra vuelta y yo chillé, pero ahora mis pies tocaban el suelo. Estaba tan asustada que mis párpados cerrados se apretaron como pasitas, como si eso me fuera a proteger de todo mal.

—Emma —otra vez me invadió la melodiosa voz de Matt que no dejaba de reírse de mí y mi intento fallido por llamar la atención—. Abre los ojos, por favor.

Negué repetidas veces con la cabeza.

—Por favor —repitió.

Lo hice. Pero me arrepentí al encontrarme con algo todavía más mortal que el destino final que pude haber tenido: sus oceánicos ojos, que me miraban llenos de júbilo. Se veían hermosos. Tenían un gradiente radial que iba del azul más oscuro a uno muy claro. Hasta parecía que hubiesen sido pintados con un pincel.

Me quedé mirándolo tan estupefacta que perdí tontamente la noción del tiempo. Horas antes, esos mismos ojos me aterrorizaban, pero ahora, lo que me aterrorizaba era darme cuenta de que me tenían cautivada.

Matt, tan incómodo como yo, carraspeó dándole fin al evidente momento que estábamos teniendo.

—¿Por qué no vas al jardín y ves lo que están haciendo con él? —me dijo, masajeando suavemente mis hombros—. Creo que te gustará mucho. Isabella ha estado coordinando las remodelaciones con mi hermano. Ya sabes, quieren celebrar su boda ahí.

Fruncí el ceño. Era hora de resignarme. Matt había dejado claro que él sería quien desempacara mis maletas. Todo indicaba que me había ganado gratis un sensual sirviente. Porque, maldición, aunque me ardía admitirlo, Matt era sensual.

—Está bien, puedes desempacar mis cosas. Solo no toques esa maleta azul de allá —le dije señalando con un dedo la dichosa maleta.

—No seas tonta, desempacaré todo.

Me dieron ganas de gritar. Arg. Sí, era sensual, inteligente y con un pecho caliente, pero exasperante.

—¡Que no toques esa! —exclamé sulfurada.

—¿Por qué? ¿Qué hay ahí?

¿Y a él qué demonios le importaba?

—¡Mi ropa interior! —exclamé, ya en la puerta, con las mejillas ardiendo de lo enojada que me sentía. La abrí de un tirón dispuesta a salir.

—¿Y por qué no quieres que la vea? ¿Tienes agujeros en los...?

Mis ojos se abrieron de par en par, horrorizados.

—¡Qué te importa! —le grité, seguido tiré la puerta.

No pude evitar patear en el pasillo como una chiquilla mimada cuando escuché su risotada dentro del dormitorio. Matt me estaba poniendo los nervios de punta y le gustaba hacerlo. Le gustaba fastidiarme aunqueuviésemos pocas horas de habernos conocido. Se sentía en confianza conmigo.

Y yo... yo ya no estaba segura cuál era la forma correcta de sentirme alrededor de él.



La idea de mí (torpe, con mala memoria y habitando en una mansión enorme) llegando sola al jardín fue exactamente lo que había imaginado: un éxito. Solo bromeo, fue un completo desastre.

Lo único que logré hacer exitosamente fue bajar las escaleras. De ahí en adelante, los pasillos se hacían grandes, difíciles de recordar y lo peor de todo es que justo en ese momento en el que te pierdes en una enorme mansión en la que te acabas de mudar (sí, obvio, sucede todos los días), no encuentras a nadie que te ayude a salir del laberinto.

Durante el recorrido me pregunté cuántas personas vivirían en el lugar. Porque claro, debían ser más que solo los tres hermanos. Debían tener sirvientes también. Y ahora estábamos Isabella y yo, colaborando con la muchedumbre.

También logré admirar profundamente la arquitectura de la casa. Era puro lujo. Solo tenía como una hora en el lugar y ya me sentía diferente. Me hacía sentir como una plebeya en reino ajeno. Isabella, sin embargo, parecía bastante acostumbrada al estilo de vida. Era una princesa lista para reinar este enorme castillo.

Agotada de caminar sin rumbo, me detuve en un salón que parecía ser el de reuniones. Tenía todas las intenciones de sentarme en

uno de los sofás, cuya tela combinaba exquisitamente con el resto de la decoración, pero algo capturó mi atención. Algo hermoso. Un lienzo que se mantenía adherido a la pared de fondo gritaba mi nombre. «Ven, ven a apreciarme», decía con voz seductora.

Me acerqué cautelosamente. Debía tocarlo y lo hice. Era una pintura en óleo, indudablemente. Un trabajo hecho con dedicación, sin apuros, donde un pintor apasionado había depositado su corazón. En ella, cinco miembros de una familia posaban. Tres jóvenes sentados y de pie, un hombre y una mujer maduros. Reconocí a Matt y a Joseph, y en el medio de ellos dos, estaba la pelicastaña random de la mañana. Sí, definitivamente era ella.

Pero entonces eso quería decir que la mujer y el hombre de edad madura eran...

—¿Te gusta?

Salté de la impresión. Me giré rápidamente hacia la voz, y ahí, de brazos cruzados, se encontraba la pelicastaña random que recién confirmaba era parte de la familia Sinclair.

—Lo siento, no estaba...

—No es problema. —Me sonrió con la mirada—. Yo también suelo admirarla a menudo. Los extraño mucho.

Sus padres. Se refería al señor y la señora Sinclair, aquella pareja enamorada, orgullosa de sus tres hijos, que habían sido pintados en óleo. Esta chica con la que conversaba era la hermana de Matt y Joseph, no había duda de ello.

—Lamento mucho tu pérdida —murmuré.

Me dedicó una sonrisa. Seguramente era común en su vida escuchar las palabras que yo acababa de decirle. Peor aún, capaz estaba harta de oírlas. Si yo perdiera a mis padres trágicamente en un accidente y todo el que me viera me dijera que lo siente, no creería que lo sienten verdaderamente. Mucho menos si yo fuera una figura pública como los Sinclair. Me daría coraje escuchar esas palabras.

En su lugar, esta chica, que estaba segura me diría mis cuatro verdades en la cara por la personalidad tan pesada que había demostrado tener en la mañana, se acercó a mí y extendió su mano.

—Soy Jane.

No dudé en estrecharla.

—Emma.

—Sí, conozco tu nombre. —Rio—. No pararon de decirlo en la mañana.

«Ay, no, trágame, pintura».

Examiné a Jane. Teniéndola cerca fue fácil saber que no era tan joven como lo aparentaba a simple vista, pero vaya que era atractiva: cabello oscuro abundante por debajo de los hombros, piel blanca, oceánicos ojos azules y líneas de expresión que se marcaban sutilmente alrededor de la nariz y al lado de cada ojo.

—¿Te sientes mejor? No quiero que nuestras huéspedes estén enfermas.

—Estoy bien —respondí—. Me desmayé porque no pude desayunar. Pero Matt me llevó el desayuno a la habitación y ya me siento bien.

«¿En serio, Emma? ¿Era necesario que mencionaras a Matt? ¿Han pasado como dos horas y ya te tiene así?».

La sonrisa de Jane fue inminente.

—¿Mi hermanito te llevó el desayuno a la cama? Vaya.

«¿Trágame, pintura? Trágame, universo».

—Sí, no es lo que crees, es que, eh...

Ni yo misma sabía qué decir.

—Disculpa que me entrometa, pero... —me interrumpió, llevándose el pelo detrás de la oreja con una mano—. ¿Matt te hizo algo? Parecías muy asustada esta mañana cuando lo viste.

Si «algo» cuenta como coquetearme en una tienda, permitir que lo salvara de la muerte y luego corretearme por gran parte de la ciudad pidiéndome que me casara con él porque su cerebro demente estaba convencido de que esa era la manera de retribuirme el favor, entonces sí me había hecho «algo».

—No, no es eso, yo...

—Por favor, no lo juzgues mal —me interrumpió por segunda vez captando mi evidente incomodidad. Yo estaba de lo más nerviosa, pero ella se mostraba serena—. Puede parecer un loco a veces, pero tiene una noble alma humana. Tanto, que a veces me preocupa. Nadie debería ser así de bueno, el mundo es una mierda.

Reí. Jane era totalmente el tipo de persona con la que podría entablar una gran amistad. Era realista, honesta y tenía los pies muy bien puestos sobre la tierra. Mientras Isabella era la madre incondicional a la que puedes llegar a pedir consejo sobre lo correcto, Jane parecía ser la típica amiga que te patrocina los crímenes.

Jane enfocó su atención en el lienzo que teníamos enfrente.

—Creo que ha sido el más afectado por lo de nuestros padres —murmuró recobrando la seriedad—. Fueron tiempos muy oscuros

para todos, ¿sabes? Han pasado casi cinco años desde aquel accidente y parece que solo han sido cinco días.

El ambiente, que era ligero por las risas recientes, pasó a ser un tanto denso. Fue una manera peligrosa de conocer a alguien, pero para mí significó mucho.

Si hay algo que la vida me ha dado... (no, inteligencia no fue definitivamente), es el poder de la percepción. Jane, por algún motivo que hoy sigo sin saber, quería hacerme parte de la vida de ellos. Desde aquel instante ella confió en que ambas partes podíamos ofrecernos algo valioso.

—Es cierto todo lo que dicen por ahí sobre la pérdida, Emma; te cambia por completo. Perder a un ser querido es perderte parcialmente a ti mismo. Uno nunca se recupera del todo. Y, aunque fue un golpe muy duro para los tres, te puedo asegurar que Joseph y yo lo supimos manejar mejor que Matt. Tal vez porque somos mayores.

Tragué. El deseo de saber más de Matt se tornó una necesidad. Conocía a Joseph desde hace mucho tiempo, pero nunca me interesó su vida tanto como ahora me estaba interesando por la de Matt. Había algo... algo en ese joven que despertaba mi empatía.

—¿Qué edad tiene Matt? —pregunté.

—Acaba de cumplir veintiséis. Recién la semana pasada tuvimos una gran reunión familiar para celebrarlo en contra de su voluntad.

Oh, demonios, Isabella me había invitado a asistir con ella a esa fiesta. Le dije que estaba ocupada con un trabajo y lo que en realidad hice fue morir de la pereza en mi cama viendo series. Solo no quería ser el paracaídas, ¿de acuerdo?

—¿Y qué hay con esa regla de vida de ustedes?

—¿Qué regla? ¿Decirle «sí» a la vida? —Rio—. Esa es la mía, y te puedo decir, Emma, la cosa no ha salido bien un par de veces.

Reí con ella.

—No, la de no tener deudas con nadie.

—Oh.

Su expresión pasó a ser una muy divertida. Como si hubiese recordado algo maravilloso.

—Es una vieja frase de mi papá: «Si quieres estar en paz, nunca tengas deudas», creo que Joseph y Matt se la toman demasiado en serio. Yo lo veo como que todos en esta vida tenemos deudas, involucren dinero o no. Quiero a mi papá, pero es una estúpida regla, no la aplico para nada en mi vida.

Bueno, al menos ella también pensaba que era estúpida.

—¿Cómo supiste de ella? —preguntó.

—Matt lo mencionó esta mañana.

—Ah, tal parece que ustedes han estado conversando mucho.

«Más bien peleando».

Me encogí de hombros, avergonzada.

—Un poco.

Suspiró derrotada.

—Ah, mi pequeño Matt. Tan atractivo e inteligente y sin una mujer decente que lo complemente. ¿Te contó que tiene un coeficiente intelectual de ciento treinta? Es un maldito genio y ni así tiene novia. Pequeño e ingenuo Matt.

«Tal vez es porque las espanta a todas pidiéndoles que se casen con él».

Quería concordar con ella, pero sin querer terminé defendiéndolo.

—Tal vez no está preparado emocionalmente —me sorprendí diciendo—. Tal vez su corazón todavía está roto y necesita unir los pedazos para poder entregárselo a alguien.

Jane se lo pensó durante unos segundos. Unos breves segundos en los que yo me percaté de que al que acababa de describir no era a Matt. Era a mí misma.

Jane no quiso asentir, ni tampoco negar. No estaba segura de qué pasaba en ese instante por su cabeza. Lo único que hizo fue agarrar mis manos y mirarme a los ojos, como si fuéramos dos personas de confianza.

Ahí supe que ella no se encontraba bien. Sus ojos destellaban melancolía.

—Ama mucho a tus padres, querida Emma —recurrió al apodo de Joseph hacia mí—. La familia es la dicha más grande del universo. Nosotros ya no tenemos a nuestros padres, pero nos tenemos el uno al otro y lo valoramos mucho.

Dejó ir mis manos. Vio una última vez el lienzo que teníamos enfrente y, sin más, se dio media vuelta dispuesta a abandonar la habitación.

Ese día supe varias cosas:

Que mi universo estaba roto.

Que el universo de los Sinclair estaba roto.

Que el universo en sí está roto.

Pero que no por eso las personas deben estar rotas.



4



## Montaña rusa de emociones

Al llegar al jardín, me encontré con una imagen graciosa: la super-suertuda Isabella dándole órdenes a tres hombres fornidos que vestían uniformes iguales. Entre los tres hacían un gran esfuerzo por mover una fuente de cerámica de un extremo del jardín al otro. Y déjenme decirles algo: no se les veía el pecho tan caliente como a Matt.

—¡Eh, eh! —gritaba Isabella—. ¡Se están yendo hacia donde no es, es por acá! ¡No, no...! ¡No! ¡Que por allá no!

Oh, sí, ella ya estaba convencida de que era la reina de este castillo.

Me paré a su lado y pude apreciar otra maravilla de la mansión Sinclair: el más hermoso jardín renacentista. Consistía en dos niveles: el primero que se destacaba por hectáreas de un vibrante pasto verde, una gran biodiversidad botánica y un camino de cemento alrededor de ellos. Hacia el segundo nivel, que era bajando unas escaleras, había una casa club: piscina, mesas, sillas y un área para reuniones exitosas.

Isabella notó que estaba boquiabierta.

—Eh, eh, contén la saliva ahí, señorita —me dijo risueña. Luego negó con la cabeza—. Lo sé, es realmente hermoso.

Parpadeé a mil por hora regresando a la realidad.

—¿Cómo hiciste para conquistar a este gran multimillonario?

—Te he contado esta historia un montón de veces, Emma —replicó—. No sabía que tenía tanto dinero cuando empezamos a salir. Ni siquiera me estaba fijando en eso. Me enteré seis meses más tarde, cuando me traje a la fiesta de cumpleaños de Jane. Ya estaba profundamente enamorada de él para aquel entonces —hizo una breve pausa y continuó—, la gente piensa que me caso con él por interés, pero no se trata de eso. Amo todo lo que Joseph es, con o sin dinero.

«Claro, pero aun así estoy segura de que con dinero todo es mucho mejor».

En el fondo, mientras Isabella brillaba con luz propia por su historia de amor, uno de los uniformados casi deja caer la fuente. Por suerte ella no se dio cuenta y yo no le diría para no atentar contra la vida del pobre hombre.

—¿Te encuentras bien? —me cambió el tema.

Volví mi vista hacia ella.

—Eh... sí, claro —mentí.

—Vamos, Emma. Estuviste muy inquieta durante gran parte de la noche, hoy te desmayas en la entrada de la casa y luego te horrorizas al ver a uno de los hermanos de Joseph. Puedes decirme que todo está bien en tu vida, pero sabes que no te creeré.

Tragué con fuerza. Isabella era el reemplazo de mi madre, sin duda alguna. Definitivamente no le podía mentir. Con mi madre real era más sencillo, pero Isabella era una maldita vidente.

—¿Matt te hizo algo? ¿Por qué te asustaste cuando lo viste? —disparó con su revólver rosa de madre sobreprotectora—. Sé honesta conmigo, Emma, sabes que intentaré comprender.

«Lo dudo, Isabella. Verdaderamente lo dudo».

Suspiré derrotada.

—Bien, te contaré, pero debes prometer no decirle nada a Joseph.

—¿Y por qué le diría a Joseph? ¿Es tan malo así?

—Solo promételo.

—De acuerdo, lo prometo.

Tomé aire. ¿Cómo decirle de manera bonita que Matt y yo habíamos sido víctimas de un robo a mano armada donde un ladrón casi lo mata a causa de un disparo en el estómago? ¿Y que yo, tan estúpida como de costumbre, arriesgué mi vida para salvarlo con una caja registradora de metal? ¿Y que encima me fui sin pagar las cintas adhesivas lo que posiblemente me convertía en una criminal a mí también? ¿Cómo contarle que, en este preciso instante, seguramente Matt debía estar desempacando mis bragas rotas porque estaba empeñado en pagarme el favor convirtiéndose en mi sirviente de por vida?

—Ayer... —inicié el relato—. Cuando me pediste que fuera a comprar la cinta adhesiva para sellar las cajas de la mudanza que hacían falta, me metí en la más remota ferretería que encontré y Matt estaba ahí. Y bueno, digamos que fuimos parte de un intento fallido de robo donde...

Isabella empezó a sofocarse. Se le notaba en la frente, en una vena que siempre se le inflaba cuando se sentía estresada.

—¿QUÉ?! —pegó el grito de su vida interrumpiendo mi patética historia. Al fondo, uno de los uniformados saltó del susto, pero la fuente ya estaba en el suelo—. ¡Santo cielo, Emma! ¿Por qué no me contaste?!

La vena de su frente se veía enorme. Parecía que cobraría vida propia. Demonios, iba a matar a Isabella de un derrame cerebral.

—¡Pero estamos bien! —intenté tranquilizarla—. Solo digamos que... uno de los ladrones le disparó a Matt y pudo haber muerto de no ser porque usé una caja registradora de metal para evitar que la bala lo tocara.

—¿Tú qué?

Maldición, seguía eligiendo la peor combinación de palabras para dar una mala noticia. ¿Es que existe una buena combinación?

—¡Estamos bien! —repetí fingiendo una sonrisa—. Es solo que ahora Matt piensa que debe pagarme el haber salvado su vida por una estúpida regla de vida que tiene de no deberle nada a nadie y me está tratando excesivamente bien.

Silencio matador.

Isabella se quejó fija, en su lugar, en shock.

Moví mi mano enfrente de su cara con la intención de traerla otra vez a la realidad.

—¿Isabella?

Las comisuras de su boca temblaron. Y justo cuando creí que se desmayaría del shock, se curvaron hacia arriba. Una risita brotó de sus labios para entonces... soltar la carcajada. Rio con tanta, pero tanta diversión, que me sentí ofendida. ¿Acaso le parecía divertido lo que estaba diciéndole? ¿Hubiese preferido que Matt muriera en aquella ferretería? O peor, ¿que yo muriera y jamás pudiese probar su torta de bodas de cinco pisos? ¡Me moría por probar esa torta!

—Amiga, me estás tomando el pelo —dijo sin mucho aire.

—¡Claro que no! ¿Por qué mentiría en algo así?

Isabella se pasó la mano por uno de sus llorosos ojos a causa de la risa. Seguidamente me acarició la cabeza.

—No he dicho que mientas, Emma. Te creo —dijo despreocupada—. Lo que no creo es que Matt te esté tratando tan bien solo porque quiere pagarte el favor. Es solo una excusa para acercarse a ti, querida Emma.

¡Uf! Yo opinaba lo mismo al principio, pero Matthew Sinclair se veía tan aferrado a su ridícula regla de vida que incluso me daba miedo entablar una amistad con alguien tan demente así.

—¡Ah, vamos, Isabella! ¿Por qué él haría eso?

—¿Cómo que por qué? ¿Te has visto en el espejo? Eres preciosa, amiga, le llamaste la atención. Solo está usando la excusa del robo para conocerte mejor.

Mis mejillas ardieron e Isabella lo notó. Es más, hasta creo que quiso aprovecharse de ello para seguir avergonzándome.

—¿No te gustaría salir con él?

¡Ja! Ni loca.

—No.

—¿Por qué no?

«¡Porque es un rarito!».

—No estoy de ánimos para salir en citas en este momento de mi vida —repliqué y no era del todo mentira. Seguía sufriendo en silencio mi ruptura, aunque ya hubiesen pasado cuatro años. No estaba dispuesta a salir con más nadie hasta superarlo.

La supersuertuda Isabella frunció el ceño en señal de enojo. Estaba segura de que comprendía mis razones, pero no las compartía.

—Ya olvídate de ese idiota, Emma —regañó—. No te hace bien pensar en él y te aseguro que él se olvidó de ti desde el momento en que te mudaste a Los Ángeles. Hasta creo que ya debió revolcarse con mínimo cinco chicas más desde entonces.

«Gracias, Isabella, eso me ayuda mucho en mi superación personal».

—Decidiste quedarte conmigo en Los Ángeles y ambas estamos entrando en una nueva etapa en nuestras vidas. Debes empezar a salir con otras personas, Emma. Yo ya encontré a la persona de mi vida y tú también mereces hacer lo mismo.

En el fondo sabía que mi madre adoptiva tenía razón y quería hacerle caso con toda mi alma, pero mi corazón no parecía dispuesto a sanar aún. Era un rebelde sin remedio, pero solo porque quería protegerse de recibir más heridas.

Isabella, llena de la ternura que la caracterizaba de vez en cuando, agarró mis manos. Clavó sus grises ojos en los míos y terminó su sermón con una simple frase que significó todo para mí:



—Llegó tu momento de empezar una vida nueva. Las palabras de Isabella revolotearon como mariposas en mi mente mientras caminaba de regreso a mi dormitorio.

«Llegó tu momento, Emma». «Empieza una vida nueva». «Te mereces encontrar a la persona de tu vida».

Exhalé aire antes de girar la perrilla de la puerta. ¿Por qué uno no puede simplemente atender a los consejos que te dan los demás? ¿Por qué debes golpearte una y otra vez antes de entender lo que es mejor para ti y aferrarte a ello? ¿Por qué enamorarse sucede en una milésima de segundo y sanar un corazón herido demora una vida entera?

Abrí la puerta. Matt seguía ahí sentado en mi cama doblando algunas prendas de ropa. Las maletas, incluyendo la azul, descansaban frente a la cama y, sobre esta, reposaba un montón de ropa esperando ser guardada.

Me sorprendió ver que Matt había segmentado la ropa en categorías: pantalones de diario, blusas de diario, pijamas, ropa de eventos sociales, abrigos, zapatos formales (solo eran dos pares, bravo yo, la supersocial Emma) y zapatos de diario.

Hum... así que este chico era el dios del orden.

La ropa interior, por otra parte, no estaba entre las categorías, lo que me hizo sonreír en mi interior. Matt había respetado mi deseo de que no tocara la maleta azul. Tal vez no era tan testarudo como yo pensaba.

Cuando se percató que estaba en la puerta admirando su don de poner orden a mi desorden, alzó la cabeza para regalarme una cálida sonrisa.

—Regresaste rápido.

Asentí y me senté a su lado para ayudarlo a seguir doblando la ropa. Tampoco era una aprovechada para dejar que lo hiciera todo él solo.

—¿Qué tal el jardín? —preguntó.

—Es hermoso. Será la boda del año, definitivamente.

—Sabía que te gustaría.

Un pequeño silencio nos invadió. Uno que pudo haber sido peligrosamente incómodo, pero no lo fue. Todo lo contrario, fue muy cómodo hasta que decidí romperlo con un largo suspiro lleno de melancolía.

—Lamento mucho lo de tus padres, Matt.

Fue el turno de él de suspirar.

—Yo también lo lamento.

—Vi la pintura que tienen en una de las salas de la casa. Tus padres se veían realmente enamorados. Y ustedes, inmensamente feliz de formar parte del mismo universo de ellos.

—Sí, así es —replicó—. Pero el universo sigue a pesar de que no estén ellos, ¿sabes? Jane, Joseph y yo tratamos de recordárnoslo cada vez que es necesario.

Como dije: universos rotos, pero no personas rotas.

—¿Qué hacías en esa ferretería ayer? ¿No tienes sirvientes que hagan las compras por ti?

Matt rio a carcajadas. Ahí descubrí por qué su risa era melodía para mis oídos: porque si una persona que había pasado por tanto sufrimiento podía seguir riendo de esa manera, el universo entero tiene esperanzas de no seguir rompiéndose.

—No estaba haciendo compras del hogar.

—¿Qué hacías, entonces? ¿Visitabas a la rubia?

—Tampoco, y supera a la rubia ya, por favor —replicó con su arma mortal en el rostro—. Estaba supervisando, es mi ferretería.

Oh. Eso explicaba por qué exigía los estados de cuenta a la rubia. Cierto, los Sinclair no solo eran dueños de una gran cadena hotelera, sino también de otros negocios alternos. Hum... ¿qué otros negocios tendría Matt?

—Bueno, de papá, en realidad —corrigió—. Cuando falleció, Joseph quería clausurarla. Pero yo no quería clausurar el mejor recuerdo que tengo de mi papá, así que le dije que yo me haría cargo de ella.

Bum, bum, bum. Mi corazón bombeó aceleradamente. Este chico tenía el corazón más tierno que yo jamás había conocido. Estaba a cargo de una diminuta ferretería que seguro no representaba un gran ganancia para él, pero la mantenía por el simple hecho de que pertenecía a su papá.

—¿Qué quieres decir con «el mejor recuerdo»?

—Papá era arquitecto. Construía muebles en su tiempo libre. De hecho, le ayudé a construir muchos de los muebles que están en casa. En un inicio la ferretería era un depósito, pero decidió convertirla en una microempresa.

—Tu papá es mi héroe. Yo casi no paso Arquitectura en la universidad.

—Sí, se nota que careces de disciplina en tu vida.

—¡Oye! —me quejé—. Que mis maletas estén llenas de porquerías no significa que carezco de disciplina en mi vida.

—De hecho, Emma, eso es exactamente lo que significa.

Exploté en una carcajada. ¿Cómo era posible? Hasta hace un momento estaba melancólica pensando sobre mi universo roto y ahora reía como si todo estuviese perfectamente bien con mis emociones.

Negando con la cabeza, porque Matt era un experto en contraatacarme, me levanté para buscar otra maleta y seguir desempacando.

—Así que construías cosas con tu papá... —solté sin pensar—. O sea, que si quisiera que construyas un librero para poner todos mis libros, ¿lo harías?

—Claro —ni siquiera titubeó—. Sería más fácil comprarte uno, pero si tu ilusión es que lo construya para ti, entonces puedo hacerlo.

Un segundo, ¿acaso le acababa de dar una idea?

—No, no, no. —Negué con la cabeza repetidas veces—. No es ninguna ilusión, se me escaparon las palabras sin pensar, suelo hacerlo a menudo.

—Bueno, Emma, recuerda que estoy pagándote el haber salvado mi vida. Piensa bien lo que vayas a pedirme, porque lo cumpliré sin pensarlo.

Genial, lo último que me hacía falta en mi vida: un genio mágico. Decidí cambiar el tema para no seguir encendiendo el rancho.

—¿Qué otros negocios tiene tu familia?

—Bueno —replicó—. Joseph se dedica enteramente a nuestra cadena hotelera, por lo que está poco en casa. Yo le ayudo con la administración, pero localmente. Lo bueno de que sea nuestro negocio es que puedo ayudarle desde donde sea que esté, no es necesario que esté todos los días en la oficina.

Saqué un vestido y lo doblé en cuatro. Era un vestido que mi mamá, en medio de sus locos días en los que creyó que podía tejer, lo tejió para mí. Le costó tantas semanas hacerlo que luego de eso renunció a tejer para siempre.

—A veces, visito la ferretería para verificar que todo marche bien —continuó Matt—. Jane, por otra parte, coordina la parte de relaciones públicas y eventos. Además, hace poco lanzó una franquicia de salones de belleza.

Vaya, qué familia tan emprendedora. Y mientras tanto yo comiéndome un cable vendiendo lienzos pintados.

—Eso explica por qué Jane luce tan sofisticada.

—¿Segura de eso? Deberías verla sin maquillaje, se ve terrible.

—Ay, por favor.

—¿Y tú, Emma? ¿Qué haces para ganarte la vida?

Exhalé el aire derrotada.

—Definitivamente, no tener una cadena hotelera que genera millones al mes, si eso es lo que preguntas.

Matt rio.

—Vamos, cuéntame.

No estaba segura si quería contarle sobre mi vida porque seguramente me haría ver como una perdedora, pero me sorprendí hablando con fluidez sobre mí.

—Bueno, ¿sí sabes que estudié Artes Plásticas en CalArts?

—Claro, y que eres muy talentosa, según fuentes fidedignas.

—Estoy segura de que fue Joseph quien te dijo eso y te informo de que solo lo dice para que lo quiera. Soy una principiante en esto. Fue mi madre quien me convenció de que debía ser una artista y me ayudó a venir a Los Ángeles a través de un programa de intercambio. Así fue como quedé viviendo con Isabella.

—¿Y qué ramas del arte te gusta?

—Ya sabes... pintura, escultura, fotografía, dirección artística en teatro y cine. Me encanta buscarle el lado artístico a la vida, es mucho más divertido que el realista.

Matt asintió.

—Conuerdo —me dijo—. ¿Así que vendes pinturas o algo así?

—Así es.

—¿Y es un buen negocio?

La prenda, que doblaba enérgicamente, cayó de golpe sobre mis piernas tras la pregunta. El sentimiento de ser una perdedora llegó instantáneamente a mí.

—Es... un negocio —repliqué simplemente.

Por supuesto que Matt no se conformó con mi respuesta.

—¿Qué quieres decir con que es «un negocio»?

—Lo que quiero decir es que te sorprendería saber lo poco que gano, pero sobrevivo. Tal vez pruebe trabajando en alguna galería de arte para darme a conocer o quizás simplemente me canse de esto y decida conseguir un empleo real. Uno de esos aburridos donde te pagan mucho dinero por hacer algo que no te gusta.

Matt se levantó. Llegó hasta la maleta más grande que traje conmigo. La sostuvo en brazos hasta la cama, abrió la cremallera y giró hacia abajo. De ella cayó lo que más tengo en este mundo: abrigos. Simplemente nunca son suficientes.

—No es que te conozca mucho, pero no pareces el tipo de persona que renuncia a sus sueños por el dinero.

Ah... Definitivamente, no me conocía bien.

Algo resonó de pronto en el suelo. Era el sonido de un metal impactando con la alfombra cara que recubría el piso. Curiosos, tanto Matt como yo, dirigimos la vista hacia donde se había desencadenado el sonido turbio.

Y ahí estaba el culpable: una caja de metal.

Al principio, ni siquiera recordaba qué era, pero cuando Matt lo sostuvo y levantó en el aire para mostrármela, me horroricé. ¡Ol-

vidé por completo que tenía eso ahí escondido para que Isabella no lo viera!

—¿Qué es esto? —preguntó él dispuesto a abrir la caja.

Petrificada, porque definitivamente no quería que la abriera, me puse de pie de un salto. ¡¿Cómo olvidé que eso estaba ahí?!

—¡Eh, eh, más ropa interior! ¡No lo toques! —chillé.

—¿En una caja tan pequeña?

Justo cuando se dispuso a abrirla, corrí hacia él. Intenté quitársela, pero mi intento fue patético. Aprovechó que era muchos centímetros más alto que yo para alzar el brazo de la mano que sostenía la caja, por lo que quedé saltando sin lograr alcanzarla.

—¡Por favor, Matt, te lo ruego! ¡No la abras!

Su rostro se llenó de diversión.

—¿Por qué, linda? ¿Guardas aquí tu hierba?

No sé qué fue peor para mi cerebro: que me llamara «linda» o que insinuara que yo fumaba hierbas raras. Eso solo lo había hecho una vez y terminó tan mal que me convencí de que la marihuana no me merecía. Aun así, era la excusa perfecta.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es! ¡Suéltalo!

No sé si me creyó o no, pero bajó el brazo. Riéndose, me entregó la caja. Yo, exhalando de alivio, la sostuve en mis manos lo más deprisa que pude. Tan deprisa que no me percaté de que estaba abierta y como, por supuesto, el destino me odia, cayeron un montón de objetos que había dentro.

—Oh, no —dije.

Me agaché para recoger una de las únicas cosas que no quería que viera, pero fue demasiado tarde. Matt se anticipó y recogió el papel, que en realidad era una fotografía. Su rostro se llenó de una profunda confusión al tiempo que yo bajé la cabeza derrotada. De aquí en adelante, todo se tornaría muy incómodo.

—¿Quién es este hombre? —preguntó volteando la fotografía para que yo la viera. Estaba tan serio que extrañé por un instante sus payasadas.

Le quité la foto de mala gana.

—Nadie.

Y con «nadie» me refería a que en la foto salíamos el patán que dejé en Seattle y yo, besándonos.

Matt se cruzó de brazos.

—Pues para ser nadie, tus labios se ven muy complacidos —contraatacó enojado.

¡Pero qué descaró! ¡Yo debía estar enojada, no él! Y, de hecho, sí lo estaba. Estaba muy enojada por entrometerse de esa manera en mi vida.

—Dijiste que no tenías novio —reclamó.

—No tengo.

—¿Entonces quién es?

«Ya, Emma, dile la verdad. Ni que fuera tan malo».

—Un primo.

«O puedes mentir, claro. Porque Matt es idiota y te creerá».

—¿Un primo? ¿Te besas con un primo?

—¡Es escocés! ¡Es parte de su cultura!

—Emma, ¿así de idiota me veo?

«Te lo dije. ¡Arg! ¡Cállate subconsciente, solo cállate!».

—Emma —insistió Matt.

Suspiré.

—Es alguien de mi pasado.

—¿Un exnovio?

Mi corazón se estrujó. Mi pecho dolió tanto que advirtió que las lágrimas vendrían pronto.

—Tal vez no sea ex... tal vez podamos volver.

Cielo santo, qué desdichada. Todo estaba mal: haber guardado las fotos, haber traído esa caja conmigo, habérsela ocultado a Isabella, haberla usado durante todo este tiempo como un método para no reconstruir mi universo, porque tenía la opción de hacerlo y no quería.

—¿Hace cuánto que rompieron? —cuestionó Matt.

—Cuatro años.

—¿Cuatro años?! —gritó, pero luego bajó la voz para decir—: ¿Y conservas esa foto? ¿Es en serio? ¿Qué más conservas de él?

Seguido, me quitó la caja de las manos. No tenía derecho alguno, pero en ese punto, dolorosos recuerdos de mi primera relación amorosa azotaron mi mente. Ya no tenía fuerzas para seguir ocultando mi tristeza.

Matt sacó una a una las cosas de la caja: un dije, más fotografías, entradas de cine, basura que tenía de los lugares que visité con mi expatán y lo peor, la servilleta de la discordia, una que, en una caligrafía horrenda, decía...

—«Te amo, Emma» —leyó Matt.

Mis ojos se cristalizaron. Las lágrimas vendrían pronto. Mientras tanto, el rostro de Matt me lo dijo todo: entendió qué ocurría y se sentía decepcionado por la situación.

—Esa fue la primera vez que me lo dijo —expliqué.

—¿En una servilleta?!

—¡Sé que lo dijo en serio!

—Oh, por Dios, Emma, eres miserable.

Estaba siendo muy cruel, pero no pude culparlo. Tenía razón: era muy miserable. Es de miserables tener la oportunidad de superar un corazón roto, pero no hacerlo por miedo a seguir adelante.

Exhalé la última bocanada de aire que me quedaba y con él, mi fortaleza se esfumó. La razón por la que guardaba todas esas cosas era porque mi corazón conservaba una pequeña pizca de esperanza. La esperanza de que volvería a encontrarme con mi exnovio y que cuando eso sucediera, le mostraría todos nuestros recuerdos para que recapacitara sobre nuestra relación.

Lamentablemente la pequeña pizca de esperanza terminó por convertirse en una obsesión. Un filoso cuchillo que me cortaba cada vez que abría esa caja y me impedía sanar mis heridas.

Cabizbaja, con el alma y el corazón rotos en mil pedazos, me senté sobre mi cama. Matt, sabiendo que había sobrepasado la raya, exhaló y se sentó a mi lado. Guardó la servilleta y la foto en la caja, luego la colocó sobre mi mesa de noche.

—¿Al menos te lo volvió a decir después de haberlo escrito en esa servilleta? —preguntó con voz suave, llena de compasión.

Fue todo para mí cuando me respondí internamente: «No».

Así, sin querer, las lágrimas brotaron de mis ojos. Primero despacio, como si quisieran tantear si era seguro recorrer mis mejillas y luego, cuando se convencieron de que lo era, salieron a una velocidad que no pude controlar.

Matt, viendo mi reacción, no tuvo necesidad de preguntar por segunda vez.

Estaba muy concentrada llorando como la magdalena de cabello rojo mal pintado que era cuando, repentinamente, sentí un toque en mi mano. Fue sutil, vacilante, pero adquirió tanta seguridad que se convirtió en la mano de Matt agarrando la mía.

—Emma, mírame.

Lo hice. Debía verme como un monstruo lleno de mocos, pero lo hice. Con su otra mano, Matt se atrevió a secar mis lágrimas.

—No llores —pidió cálidamente—. Lamento haber sido tan duro contigo, pero debes admitir que esto es retorcido y te hace daño.

Solo pude asentir con la cabeza.

—Pero está bien —continuó. Sus labios se curvaron hacia arriba—. Creo que ya sé cómo te pagaré la deuda que tengo contigo por haber salvado mi vida.

Mi llanto cesó. De repente ya no me sentía dolorida, sino confundida.

—Es obvio que tienes el corazón roto, ¡desde hace cuatro años!

Sonreí. Con el rostro como el de una pasita arrugada, pero lo hice.

—Así que esto es lo que sucederá.

Así, lleno de la seguridad que lo caracterizaba, inició su monólogo:

—No hay forma de que alguien pueda vivir tranquilo con el corazón tan roto como tú lo tienes. Eso no es felicidad, es una prisión. Tú salvaste mi vida ayer y ahora yo salvaré la tuya. Me encargaré de que vuelvas a ser feliz.

Eh, okay. No estaba segura si verlo como algo tierno o como algo típico de alguien que consume un hongo raro, pero decidí no interrumpirlo.

—Solo necesito que me pases la factura. —Sonrió—. La factura de tu corazón. Yo me encargaré de pagarla.

Seguidamente, con la cursilería activada, agarró la caja y sacó la fotografía. La rompió. Agarró la servilleta. La rompió también. Agarró mi corazón. Lo rom... —no, esperen, eso no. Pero así se sintió, porque así se siente cuando estás a punto de ser liberado: duele como el demonio, pero solo porque viene la purificación.

Matt tiró los restos dentro de la caja y la cerró.

—Me llevaré todas estas cosas y me encargaré de que jamás las vuelvas a ver. Y no te preocupes, no le diré nada a Isabella. Será nuestro pequeño secreto, con tal de que prometas poner de tu parte. ¿Lo prometes, Emma?

Asentí con la cabeza.

Entonces, sentí que mi corazón era un montaña rusa de emociones, que ascendía y descendía con cada palabra del monólogo de superación de Matt. En ascenso, lideraba la esperanza. En descenso, oprimía el miedo.

—Y yo, Emma, te prometo que...

Ascenso, descenso, ascenso...

Matt volvió a agarrar mi mano.

Ascenso...

Sus azules ojos brillaron sobre mis ojos café.

Ascenso...

Apretó levemente.

Ascenso...

—Voy a sanar tu corazón.

Y, desde ese día, nunca dejó de ascender.

**Sigue leyendo esta historia  
en tu formato favorito**

